

PQ 6503
.B49 C6
Copy 1

EL TEATRO.

COLECCION

DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

CORTESANOS DE CHAQUETA,

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN PROSA.

MADRID:
OFICINAS: PEZ, 40, 2.º
1869.

CATALOGO

D LAS OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS DE LA GALERIA

EL TEATRO.

Al cabo de los años mil...
 Amor de antesala.
 A belardo y Eloisa.
 Abnegacion y nobleza.
 Angela.
 Afectos de odio y amor.
 Arcaños del alma.
 Amar despues de la muerte.
 Al mejor cazador...
 Achaque quieren las cosas.
 Amor es sueño.
 A caza de cuervos.
 A caza de herencias.
 Amor, poder y pelucas.
 Amar por senas.
 A falta de pan...
 Artículo por artículo.
 Aventuras imperiales.
 Achaques matrimoniales.
 Andarse por las ramas.
 A pan y agua.
 Al Africa.
 Bonito viaje.
 Boadicea, *drama heróico*.
 Batalla de reinas.
 Berta la flamenca.
 Barómetro conyugal.
 Bienes mal adquiridos.
 Bien vengas mal si vienes solo.
 Bondades y desventuras.
 Corregir al que yerra.
 Cañizares y Guevara.
 Cosas suyas.
 Calamidades.
 Como dos gotas de agua.
 Cuatro agravios y ninguno.
 ¡Como se empeñe un marido!
 Con razon y sin razon.
 Cómo se rompen palabras.
 Conspirar con buena suerte.
 Chismes, parlentes y amigos.
 Con el diablo á cuchilladas.
 Costumbres politicas.
 Contrastes.
 Catilina.
 Carlos IX y los Hugonotes.
 Carníoli.
 Candidito.
 Caprichos del corazon.
 Con canas y polleando.
 Culpa y castigo.
 Crisis matrimonial.
 Cristóbal Colon.
 Corregir al que yerra.
 Clementina.
 Con la música á otra parte.
 Oara y cruz.
 Dos sobrinos contra un tio.
 D. Primo Segundo y Quinto.
 Deudas de la conciencia.
 Don Sancho el Bravo.
 Don Bernardo de Cabrera.
 Dos artistas.
 Diana de San Roman.
 D. Tomás.
 De audaces es la fortuna.
 Dos hijos sin padre.
 Donde menos se piensa...
 D. José, Pepe y Pepito.
 Dos mirlos blancos.
 Deudas de la honr
 De la mano á la boca.
 Doble emboscada.
 El amor y la moda.
 ¡Está loca!

En mangas de camisa.
 El que no cae... resbala.
 El niño perdido.
 El querer y el rascar...
 El hombre negro.
 El fin de la novela.
 El filántropo.
 El hijo de tres padres.
 El último vals de Weber.
 El hongo y el mirinague.
 ¡Es una malva!
 Echar por el atajo.
 El clavo de los maridos.
 El oncenno no estorbar.
 El anillo del Rey.
 El caballero feudal.
 ¡Es un ángel!
 El 5 de agosto.
 El escondido y la tapada.
 El licenciado Vidriera.
 ¡En crisis!
 El Justicia de Aragon.
 El Monarca y el Judío.
 El rico y el pobre.
 El beso de Judas.
 El alma del Rey Garcia.
 El afan de tener novio.
 El juicio público.
 El sitio de Sebastopol.
 El todo por el todo.
 El gitano, ó el hijo de las Alpu-
 jarras.
 El que las da las toma.
 El camino de presidio.
 El honor y el dinero.
 El payaso.
 Este cuarto se alquila.
 Esposa y mártir.
 El pan de cada dia.
 El mestizo.
 El diablo en Amberes.
 El ciego.
 El protegido de las nubes.
 El marqués y el marquésito.
 El reloj de San Plácido.
 El bello ideal.
 El castigo de una falta.
 El estandarite español en las cos-
 tas africanas.
 El conde de Montecristo.
 Elena, ó hermana y rival.
 Esperanza.
 El grito de la conciencia.
 ¡El autor! ¡El autor!
 El enemigo en casa.
 El último pichou.
 El literato por fuerza.
 El alma en un hilo.
 El acaalde de Pedroñeras.
 Egoismo y honradez.
 El honor de la familia.
 El hijo del ahorcado.
 El dinero.
 El jorobado.
 El Diabolo.
 El Arte de ser feliz.
 El que no la corre antes...
 El loco por fuerza.
 El soplo del diablo.
 El pastelero de Paris.
 Furor parlamentario.
 Faltas juveniles.
 Francisco Pizarro.
 Fé en Dios.
 Gaspar, Melchor y Faltaser, ó e

ahijado de todo el mundo
 Genio y figura.
 Historia china.
 Hacer cuenta sin la huéspeta.
 Herencia de lágrimas.
 Instintos de Alarcon.
 Indicios vehementes.
 Isabel de Medicis.
 Ilusiones de la vida.
 Imperfecciones.
 Intrigas de tocador.
 Ilusiones de la vida.
 Jaime el Barbudo.
 Juan sin Tierra.
 Juan sin Pena.
 Jorge el artesano.
 Juan Diente.
 Los nerviosos.
 Los amantes de Chinclon.
 Lo mejor de los dados.
 Los dos sargentos españoles.
 Los dos inseparables.
 La pesadilla de un casero.
 La hija del rey René.
 Los extremos.
 Los dedos huéspedes.
 Los éxtasis.
 La posdata de una carta.
 La mosquita muerta.
 La hidrofobia.
 La cuenta del zapatero.
 Los quid pro quos.
 La Torre de Londres.
 Los amantes de Teruel.
 La verdad en el espejo.
 La banda de la Condesa.
 La esposa de Sancho el Bravo.
 La boda de Quevedo.
 La Creacion y el Diluvio
 La gloria del arte.
 La Gitanilla de Madrid
 La Madre de San Fernando.
 Las flores de Don Juan.
 Las apariencias.
 Las guerras civiles.
 Lecciones de amor.
 Los maridos.
 La lápida mortuoria.
 La bolsa y el bolsillo.
 La libertad de Florencia.
 La Archiduquesita.
 La escuela de los amigos.
 La escuela de los perdidos.
 La escuela del poder.
 Las cuatro estaciones.
 La Providencia.
 Los tres banqueros.
 Las huérfanas de la Caridad.
 La ninfa Iris.
 La dicha en el bien ajeno.
 La mujer del pueblo.
 Las bodas de Camacho.
 La cruz del misterio.
 Los pobres de Madrid.
 La planta exótica.
 Las mujeres.
 La union en Africa.
 Las dos Reinas.
 La piedra filosofal.
 La corona de Castilla (alegoria).
 La calle de la Montera
 Los pecados de los padres.
 Los infieles.
 Los moros del Riff.

CORTESANOS DE CHAQUETA.

ORRAS DEL MISMO AUTOR.

TÍTULOS.	<u>ACTOS.</u>
La providencia, drama.....	3
La resurreccion de un hombre, drama.....	3
La ley de represalias, drama.....	3
Al mejor cazador, comedia.....	3
Una llave y un sombrero, comedia.....	3
La consola y el espejo, comedia.....	3
Dos cartas y un caracol, comedia.....	3
El capellan de las monjas, drama.....	3
La sombra de Torquemada, comedia.....	3
El poder de un falso amigo, comedia.....	3
Cortesianos de Chaqueta, comedia.....	3
La banda de capitan, drama.....	1
Cenar á tambor batiente, comedia.....	1
Ninguno se entiende, comedia.....	1
Llueven hijos, comedia.....	1
Acertar por carambola, comedia.....	1
Por tenerle compasion, comedia.....	1
La gallina ciega, comedia.....	1
La puerta y el postigo, comedia.....	1
Pólvora en salvas, comedia.....	1
Contra viento y marea, drama.....	1
Jaque-Mate, comedia.....	1
La carta y el guardapelo, comedia.....	1
El vivo retrato, comedia.....	1
El padre nuestro, comedia.....	1

OBRAS NO DRAMÁTICAS.

TÍTULOS.	<u>TOMOS.</u>
La capa del rey García, novela.....	1
Revolucion de España, desde la muerte de Fernando VII hasta el convenio de Vergara.....	6
Movimiento popular de 1854.....	1
Grandes hechos de la Historia Universal (obra ilustrada).....	6
La Iglesia católica en América.....	1

CORTESANOS DE CHAQUETA,

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN PROSA,

DE

DON ILDEFONSO ANTONIO BERMEJO.

Estrenada en el Teatro de Lope de Rueda el día 10 de Diciembre de 1869.

MADRID.

IMPRESA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 13.

1869.

PQ6503
BA9C6

PERSONAJES.

ACTORES.

JACINTA, huérfana, aldeana.....	SRA. GUTIERREZ
ANICETO, alcalde.	SR. MARIO.
D. MELCHOR, secretario del ayunta- miento.....	SR. PIZARROSO.
RUPERTO, hacendado.....	SR. OSSORIO.
TELESFORO, amante de Jacinta.....	SR. MORALES.
D. CASIMIRO, candidato para diputado de oposicion... ..	SR. RUIZ.
EUSTAQUIO, alguacil del municipio... ..	SR. BENEDÍ.
Pueblo, contribuyentes, convidados.	

La accion pasa en un pueblo de Castilla cercano á Madrid.

Las indicaciones del lado del actor.

199181
'13

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con quienes haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traduccion.

Los comisionados de las Galerias Dramáticas y Liricas de los Sres. Gullon e Hidalgo, son los exclusivos encargados del cobro de los derechos de representacion y de la venta de ejemplares.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

41
10
3
E

AL SEÑOR DON LUIS GUERRA.

Accepta, querido Luis, esta demostracion de cariño de
tu antiguo amigo

J. A. Bermejo.

ACTO PRIMERO.

Plaza de un pueblo de Castilla. De frente la portada de la casa de Ayuntamiento con balcones y la lápida en que se lea «Plaza de la Constitución.» En el centro de la plaza una fuente con caños, Á la derecha, puerta y encima un letrero donde se lea: SE BENDEN SANGIGUELAS Y SEAPLICAN. Á los lados laterales de la puerta, dos vacías de afeitarse, colgando. En segundo término, una gran puerta con otro letrero donde se lea: HERADOR Y BETERINARIO DE PRIMERA CLASE. Delante de la puerta un banco de herrador. A la izquierda, en primer término, otra puerta, y encima una muestra. donde se verá pintada una mano señalando con el índice y donde se leerá: SE GISA DE COMER, BINO Á 6 cuartos. En segundo término, otra puerta y encima una muestra donde se lea: TIENDA DE ULTRAMARINOS Y EFECTOS DE QINCALLA. Frente á la puerta de la taberna un banco de piedra.

ESCENA PRIMERA.

CASIMIRO, RUPERTO, PUEBLO.

Al levantarse el telon aparecen grupos de lugareños en distintas direcciones en traje de dia festivo fumando y hablando. Casimiro y Ruperto salen de la barbería.

R UP. (Abotonándose el cuello de la camisa y el chaleco) Dispéñseme

- usted si le hice esperar, D. Casimiro, pero me pilló usted á medio afeitarse, ¡y este barbero es tan pesado!...
- CASIM. No hice mas que apearme de la diligencia y pasar á su casa; pero habiéndome dicho su esposa que en la barbería podria encontrar á usted...
- RUP. Sí, señor; todos los domingos, despues de la misa mayor, entro en la barbería de Blas, y me rasuro. Hablamos luego de política hasta las doce, que es la hora de comer.
- CASIM. ¡Qué vida tan patriarcal!
- RUP. ¡Muy patriarcal!—Aquí no verá usted mas que patriarcas.
- CASIM. Ya que nos encontramos en disposicion... podremos hablar... ¿Recibió usted mi programa?
- RUP. Aquí le tiene usted (Sacando un impreso del bolsillo.) Le he leído de punta á cabo, se lo he leído á los electores, y todos están conformes con sus ideas de usted.
- CASIM. ¿Mi eleccion entónces, no es dudosa?
- RUP. Á pesar de todo, la eleccion de usted no solamente la creo dudosa, sino perdida.
- CASIM. No lo comprendo.
- RUP. Pues yo se lo voy á explicar. El alcalde, que es la única persona que podria inclinar la balanza en favor de usted, se resiste y trabajará y apoyará la candidatura del gobierno.
- CASIM. ¿De dónde nace su prevención contra mi persona?
- RUP. Él no tiene prevención contra usted, ni contra el otro, puesto que ni á usted ni al otro conoce; pero tenemos un secretario, que es el amo del cotarro.
- CASIM. ¡Cómo!
- RUP. Sí, señor; un secretario, impuesto por un personaje influyente en la córte, y á quien el alcalde no puede contrariar.
- CASIM. ¿Luego el secretario?...
- RUP. Es el verdadero alcalde; aquí en el pueblo, no hay más voluntad que la suya. Todos le odiamos, incluso el alcalde; pero es un monarca absoluto, á quien no pode-

mos destronar, sin que experimente el vecindario gravámenes de consideracion.

CASIM. Por lo que usted me manifiesta, creo que debo renunciar...

RUP. No tanto, don Casimiro; lucharemos.

CASIM. ¿Me da usted esperanzas?...

RUP. Trabajaré sin descanso... pero hablemos claros.—Esta perseverancia es menester que tenga su recompensa.

CASIM. ¿Qué es lo que usted ambiciona? Ya sabe usted que me he ofrecido ántes de ahora...

RUP. Pues sepa usted tambien, que hace dos años fuí alcalde. Que la diputacion provincial y el gobernador, me formaron un expediente de reintegro por ciertas suposiciones que se hicieron contra mi probidad. Ese expediente se halla hoy en el Ministerio de la Gobernacion, y pendiente de un fallo condenatorio, que está próximo á resolverse.

CASIM. ¿Y usted quiere que ese expediente?...

RUP. Se sobresea.

CASIM. Salga yo diputado por este distrito, y usted logrará su deseo.

RUP. Pues deje usted á mi cuidado el negocio, que contra el poder está la astucia. No se vaya usted del pueblo hasta que yo le avise. Déjese usted caer esta tarde por la fonda de Panseco, que allí se reunen á jugar al dominó los primeros contribuyentes; se leerá el programa en voz alta; usted echará su discurso, y yo atizaré el fuego por otro lado.

CASIM. Hasta la tarde.

RUP. Hasta la tarde.

CASIM. Si para algo me necesita ántes, le advierto que estoy hospedado en la misma fonda.

RUP. Corriente.

ESCENA II.

RUPERTO, luego JACINTA.

RUP. (Señalando al impreso que tiene en la mano.) Hé aquí la mecha

con que me propongo prender fuego á la mina. (Sale Jacinta con un cántaro, que llena en la fuente.) Yo sé que apesar de los muchos programas que se han repartido por el pueblo, ninguno ha llegado á manos del alcalde. El secretario ha tenido buen cuidado de impedir... (Lee en silencio.)

JAC. (Canta.)

«Fortunita, fortunita,
»tu amparo ya me dejó;
»como un terciopelo negro
»tengo yo mi corazon.»

RUP. (Guardándose el impreso y dirigiéndose á Jacinta.) ¡Calla! ¡Es la hermosa Jacinta! La sirvienta del alcalde. (Alzando la voz.) ¡Venga otra coplita, cariño!

JAC. Si yo hubiera sabido que me estaba usted escuchando no hubiese cantado.

RUP. ¿Y por qué privarme de ese gusto, pichona?

JAC. Porque es usted muy burlon. (Sacando el cántaro de la fuente.)

RUP. Tengo esa fama, y no es sin injusticia; pero yo nunca me burlaria de tí.

JAC. (Viendo al proscenio con el cántaro, que coloca en el suelo.) ¿De veras, señor Ruperto?

RUP. Eres demasiado bonita para que yo me mofe de tí.

JAC. ¡Qué cosas tiene usted!

RUP. ¿Sabes lo que observo?

JAC. ¿Qué?

RUP. Que de algun tiempo á esta parte te emperejila; mucho. Te he visto en misa con manto y zapatito bajo.

JAC. Es un mandato, señor Ruperto.

RUP. (Con curiosidad.) ¿Un mandato? Explícate, chica.

AC. Pues ha de saber usted que ya mi orfandad no es tan triste como antes era.

RUP. ¿Es más alegre?

JAC. Sí, señor. En primer lugar, el señor Aniceto me ha subido el salario... Me da tres duros mensuales por mi servicio.

- RUP. ¿Por tu servicio?
- JAC. Entré en casa del alcalde ganando cuarenta reales; pero se conoce que le he dado gusto y...
- RUP. ¿Y en qué le has dado gusto?
- JAC. ¡Toma! En todo... Porque yo soy sirviente para todo.
- RUP. ¿Para todo?
- JAC. Sí, señor; yo hago todas las haciendas; lavo, plancho, coso... y sin abandonar la cocina. Y ha de saber usted que me ha dicho, sin andarse con rodeos ni repulgos, que su casa está hoy más arreglada que en tiempo de su difunta, y que no hay quien me gane á mullirle los colchones.
- RUP. ¿Le gusta el colchon blando?
- JAC. Y como á mí, aunque me esté mal el decirlo, gracias á Dios, no me asusta nada... ¡Le hago unas empanadas, que se chupa los dedos de gusto!
- RUP. ¿De veras?
- JAC. Algunas veces cuando las está saboreando, me dice el señor Aniceto: «Mira, chica, siéntate y come conmigo.»
- RUP. ¿Y tú le obedeces?
- JAC. ¿Y qué he de hacer? ¿No es el amo? Cierro el pico... y obedezco.
- RUP. ¿Y qué te dice cuando le mulles los colchones?
- JAC. ¿Qué quiere usted que me diga?
- RUP. Ello es, que el señor Aniceto, te considera y te...
- JAC. En cuanto á eso, sí; señor; y me dice que no trabaje tanto...
- RUP. Pero no me has dicho lo del mandato.
- JAC. ¡Ah! sí, es verdad! No se lo diga usted á nadie, porque es un misterio.
- RUP. Ten confianza en mi reserva.
- JAC. ¡Tengo una protectora oculta, que á cada instante me manda regalitos. Antes de ayer, me encontré sobre una silla de mi cuarto los zapat bajos que llevo puestos! ¡Mire usted qué bonitos!
- RUP. ¡Muy bonitos!
- JAC. Era una cosa que yo había deseado mucho; y esta pro-

tectora, yo no sé por dónde adivina todos mis deseos.

RUP. ¡Y qué más?

JAC. Al lado de los zapatos, estaba esta carta, que he deletreado. (Sacando un papel del pecho.)

I UP. Ensáñame esa carta.

JAC. Con eso me la leerá usted de corrido.

RUP. (Lee.) «Recibe este recuerdo de tu oculta protectora. Te prohibo que tengas novio, si quieres asegurar tu suerte. Mucha reserva para que continuen los agasajos.—Tu protectora.» (Queda pensativo y analizando la carta.)

JAC. ¿Qué dice usted?

RUP. (Rascándose la cabeza.) En primer lugar, que aunque la letra está disfrazada, no es letra de mujer, y en segundo lugar que no hay mujer en el pueblo que se explique de ese modo.

JAC. Puede haber buscado una persona...

RUP. (Devolviendo la carta.) Tampoco. Esas cosas no se confían á nadie. (Se la lleva á un lado y le dice con interés y misterio.) Esta carta es de un protector, y no de una protectora. Este protector, no puede declararse, porque tendrá impedimentos para verificarlo públicamente. La verdad... ¿Quién te hace arrumacos en el pueblo á hurtadillas?

JAC. ¿Á hurtadillas?

RUP. Sí; sin que nadie lo note.

JAC. Dámaso; su primo de usted. Y si yo supiera que era ¡é mi protector, ahora mismo le devolvía...

RUP. Tranquilízate; no es Dámaso tu protector.

JAC. ¿Quién sabe?...

RUP. Mi primo es muy animal, y tanto vale para él una mujer con zapato bajo, como una que ande descalza.

JAC. ¡Le tengo una rabia! Siempre que me encuentra sola, se le antoja abrazarme, y como tiene aquellas manazas, y siempre está borracho, tengo que gritar...

RUP. Mi primo Dámaso es capaz de eso y mucho más.

JAC. ¡Qué lástima que sea tan rico!

RUP. Más lo siento yo que tú... Soy su único heredero... Pero goza de mucha salud á pesar de sus frecuentes

borracheras é incontinencia. Pero no olvidemos lo esencial. ¿No recuerdas algun otro del pueblo que te mire de cierto modo, ó que te haya dicho alguna cosa agradable y sin testigos?

JAC. ¿Alguna cosa agradable?

RUP. Sí; algo que suene bien en tus oídos.

JAC. En mis oídos, ¿suena bien todo cuanto me dice mi novio.

RUP. ¿Y quién es tu novio?

JAC. Reside en Madrid. Es un dependiente del Bazar de la Union, que está en la Puerta del Sol. Aquí suele venir de vez en cuando.

RUP. Ya sé quién es. Lo conozco.

JAC. ¿De veras?

RUP. Es dependiente del Bazar que surte la tienda del alcalde.

JAC. Sí, señor.

RUP. Le he visto traer el surtido que compra tu amo y que satisface á medida que se despacha la mercancía.

JAC. ¡Todo lo sabe usted! ¡Cuidado que es usted listo!

RUP. No lo soy lo bastante, cuando no he podido adivinar quién es el autor de la carta que me has dado á leer. Pero lo averiguaremos, ¿Quién sabe si el mismo alcalde?... Pero no; viviendo en familia, no habian de faltarle medios...

JAC. ¿Y por qué tiene usted tanto interés en averiguarlo?

RUP. Porque no puedo consentir que una pobre huérfana, á cuyos padres he conocido, sea víctima de las malas tentaciones de un bribon.

JAC. (Mirando al foro.) ¡Ah!... ¡Aquí viene Telesforo!

RUP. Mentando al Ruin de Roma... (Vése venir á Telesforo por el foro derecha en traje de camino, y saco de noche.)

ESCENA III.

DICHOS, TELESFORO.

TELESF. Felices, señor Ruperto. Dios te guarde, Jacinta.

- RUP. Hace un instante que nos ocupabamos de usted, y sabia con delicia las honestas relaciones que tenia usted con esta apreciable muchacha, á quien he visto nacer.
- TELESF. Celebro mucho encontrar un amigo tan desinteresado, que simpatice con el santo propósito que me inclina hácia Jacinta.
- JAC. ¿Pero que trebejos son esos que traes? Nunca has venido al pueblo...
- RUP. Eso supone que su permanencia en el pueblo se dilatará más que otras veces.
- TELESF. Mucha verdad.
- JAC. ¿De veras? ¿Cuánto tiempo vas á estar? ¿Dónde vas á vivir?
- TELESF. Vamos por partes, que hay algo que contar. (Soltando el saco de noche.)
- JAC. Vamos, cuenta.
- TELESF. La casa, de la cual era yo dependiente, vende á crédito los efectos que don Aniceto expende en su almacen.
- RUP. Lo sabemos.
- JAC. Adelante.
- TELESF. Don Aniceto me ha conocido en el bazar, y observado la manera con que yo llevaba los libros, y me propuso ponerme al frente de su almacen, dándome una tercera parte del negocio.
- JAC. ¿Qué más?
- TELESF. Lo medité despacio y acepté; y aquí me tienen ustedes.
- JAC. ¿Conque vas á vivir con nosotros?
- RUP. No hay que darse todavía la enhorabuena.
- JAC. ¿Por qué?
- RUP. Porque probablemente tendrá tu novio que volver por donde ha venido.
- JAC. ¿Qué está usted diciendo?
- TELESF. Eso seria una iniquidad. Despues de haberme despedido de mi principal, que ha colocado otro dependiente en mi puesto... ¡Encontrarme ahora sin colocacion!
- JAC. ¡Eso seria una infamia! El señor Aniceto no es capaz...

- RUP. Con efecto; al señor Aniceto le conviene tener al frente del negocio una persona que lleve los libros. Pero no ignoran ustedes que don Melchor es su socio.
- TELESF. Tanto mejor para él.
- RUP. Tanto peor, digo yo, puesto que ya no podrá hacer trampas, ni engañar á su compañero; y por eso mismo el secretario se opondrá á que haya un tercero que vigile las cuentas.
- TELESF. Pero averiguado el fraude, don Aniceto tiene derecho á separarse de un socio que le engaña.
- RUP. El señor Aniceto se guardará muy bien de indisponerse con su secretario. Está impuesto por una persona muy influyente en Madrid, á quien el alcalde tiene que mirar con mucho respeto.
- TELESF. Tengo que advertir á usted, que entre el secretario y una persona que me recomienda, existen vínculos de amistad.
- RUP. ¿Cómo?
- TELESF. Siendo esta persona cabo primero del ejército carlista, don Melchor era trompeta de su batallon. Han servido juntos, y le ha escrito recomendándome.
- UP. (Con interés.) ¿Ha sido trompeta carlista?
- TELESF. Sí, señor, y despues ascendió á sargento.
- RUP. ¿Conque ese mozo, que hoy quiere darse tono, y enseñarnos leyes de urbanidad, y que la echa de liberal, ha sido trompeta y sargento del ejército carlista? ¡Qué noticia me ha dado usted!
- TELESF. Han militado juntos, y por lo tanto...
- RUP. Se opondrá con doble motivo. Pero yo buscaré la manera de que usted logre su propósito.
- JAC. Sí, sea usted nuestro protector!
- RUP. Lo seré... pero todo servicio debe tener su recompensa.
- TELESF. ¿Qué podemos nosotros?
- RUP. Mucho me conviene tener buenos aliados dentro de esa casa. (Señalando á la tienda.) Y tú, Jacinta, vas á dar el primer paso en mi servicio.

JAC. Diga usted.

RUP. (Sacando el impreso del bolsillo.) Es necesario que pongas este impreso, sin que nadie lo observe, en paraje donde el señor Aniceto pueda verle y le lea.

JAC. En la mesa donde tiene sus papeles.

RUP. ¡Soberbio! (Dándole el impreso.) ¡Toma!

TELESF. ¿Y qué es ello?

RUP. Un programa de un candidato para diputado, y en el que por incidencia se dicen verdades que han de ser muy amargas para el secretario. (Á Jacinta.) Corre y no pierdas tiempo!

JAC. ¡Voy! (Cogiendo el cántaro y el saco de noche.) Hasta luego, Telesforo!

TELESF. ¡Adios!

ESCENA IV.

TELESFORO, RUPERTO.

TELESF. Mucho afecto debe tener el alcalde á su secretario y consocio, cuando le tolera...

RUP. El alcalde no puede ver ni pintado á su secretario; y este odia al alcalde á más no poder.

TELESF. No comprendo cómo puede sostenerse una union tan opuesta y discordante.

RUP. Es un alianza de sentimientos encontrados, que se sostienen, por lo mismo que es repulsiva.

TELESF. ¡Cosa mas extraña!

RUP. Lo que pasa entre el alcalde y su secretario sucede entre todas las personas que tienen algun viso en el pueblo.

TELESF. ¿De veras?

RUP. El médico y el boticario se aborrecen, porque difieren en opiniones políticas, pero se visitan diariamente y pasean juntos, porque el médico proporciona recetas al boticario, y éste enfermos al doctor. Y por este camino podria indicarle una série de vinculaciones extrañas, que se repudian mutuamente; que se despedazan y desprestigian, pero á quienes el imán de una egoista con-

veniencia los atrae en momentos dados. En la apariencia, este pueblo es un paraíso, y en realidad, un foco de envidias y miserias, que se disfrazan con hipócritas sonrisas y apretones de manos.

TELESF. Yo había creído que esas intrigas, que esas mascaradas sociales, solo se encontraban en las grandes ciudades, y que la vida del pueblo, era sencilla, y agena á estos odios y prevenciones.

RUP. No, amigo mío. Lo mismo se ponen caretas los hombres de la aldea que los de la córte. En Madrid se la ponen de tafetan, y aquí nos las ponemos de paño burdo. Allí, como gente más delicada, se pinchan con alfileres, y aquí nos pinchamos con clavos. La forma es distinta, pero el resultado es el mismo.

TELESF. Es usted filósofo y observador.

RUP. ¿Filósofo? No; gramático pardo, curioso y experimentado.

TELESF. (Mirando adentro.) ¡Aquí se acerca don Melchor!

RUP. Pues apártese á un lado, y comience usted á estudiar. Nos aborrecemos. Verá usted no obstante la cortesanía y afecto con que nos tratamos.

ESCENA V.

DICHOS, MELCHOR, que sale leyendo un impreso.

RUP. ¡Qué embebido en su lectura camina nuestro digno secretario!

MELCH. (Con afectada amabilidad.) Señor Ruperto!... (Se dan las manos.) No creí tener la agradable sorpresa de encontrar en mi tránsito... ¿Cómo lo pasa usted amigo mío?

RUP. Bien, gracias á Dios. ¿Y cómo sigue la parienta?

MELCH. Más aliviada; declinando en su convalecencia. Yo hoy la he sacado á dar un paseito; la he llevado por las cercanías del cementerio.

RUP. ¡Hombre!... Después de una enfermedad tan peligrosa, cualquiera pensaría, que la quiere usted familiarizar con ese trayecto.

MELCH. (Sonriendo.) Es usted punzante; pero gracioso!

- RUP. Sí... yo debo hacerle á usted mucha gracia.
- MELCH. Sí, señor; se lo digo como lo siento.
- RUP. ¿Y se disiparon ya del ánimo de su apreciable consorte, aquellos celos tan rabiosos y desesperados?
- MELCH. Creo haber ganado su confianza... ¡Y no podía ser de otra manera!... ¡Una vida tan ejemplar como la mia!... ¡Yo, tan incapaz de faltar á mis deberes conyugales!... ¡Yo, que desde que contraje ese vínculo inviolable, no le he quebrantado... ni aún con el pensamiento... ¡Admírese usted!... ¡En estos tiempos de barullo y de matrimonio civil!... ¡Admírese usted!...
- RUP. Sí, señor; ya me estoy admirando.
- MELCH. Supone usted, por ventura?...
- RUP. Hombre, yo no supongo nada, pero á una mujer celosa nunca le falta fundamento..
- MELCH. Pues la mia, á pesar de sus escandalosas demostraciones en el pueblo, y de haberme convertido en blanco de sátiras y murmuraciones, le aseguro...
- RUP. ¿Qué viene usted leyendo?... y disimule que le interrumpa.
- MELCH. El programa de un candidato... el de don Casimíro Ortega, que se ocupa de mi humilde persona. Le ví en la mesa del señor alcalde, le cogí; le leí; y como supuse cuál habia sido la mano suspicaz y juguetona que habia cometido está travesura, desprecié la diatriva, me reí de la inocentada... y le despedazo. (Lo rompe sonriendo con tranquilidad.)
- TELESF. ¡Toma y vuelve por otra!
- RUP. Es decir, ¿que el alcalde no le ha leído?
- MELCH. ¡Quiá... No, señor. Como secretario leal, he tomado mis medidas para evitar y prevenir todo aquello que pueda proporcionar desazon al jefe de la municipalidad... Es mi deber. .
- RUP. (Ap.) Por aquí salí derrotado.
- MELCH. Conque... páselo usted bien, señor Ruperto... voy á echar unas cuantas firmas... (Reparando en Telesforo.) Yo conozco esta cara... sí, no me engaño ..

TELESF. Soy Telesforo Minuesa.

MELCH. Sí... el dependiente del Bazar de la Union. Esta mañana me habló de usted el señor don Aniceto... Me dijo, que le esperaba hoy...

TELESF. Exactamente.

MELCH. Pues amigo mio, tengo el disgusto de anunciarle que tendrá usted que regresar.

RUP. (Ap.) ¿No lo dije?

TELESF. ¿Sabe usted que me quedo sin colocacion y desamparado?

RUP. No tema usted nada. El señor don Melchor le admitirá...

MELCH. ¿Mucho se interesa usted por el mancebo? Por qué afirma usted?...

RUP. Voy á explicarme. Le recomienda un amigo de usted... amigo antiguo, segun tengo entendido.

MELCH. Hemos servido juntos en el ejército...

RUP. De Don Cárlos, lo sé. Él era cabo primero y usted trompeta de su mismo batallon.

MELCH. (Desconcertado.) ¡Ah!

RUP. Y creo, que si usted desatiende esta recomendacion, se expone á merecer el calificativo de ingrato; y el pueblo entero sabrá, pues yo he de ser quien más lo propale, que habiendo usted sido trompeta del batallon de su amigo, le ha menospreciado; y dirán entónces, que un trompeta es secretario de ayuntamiento, y que se olvida de sus amigos de las filas carlistas, y exclamaráne «¡al fin trompeta!» Y como una trompeta hace siempre mucho ruido, figúrese usted si esta trompeta se parecerá ó no á la trompeta del juicio final. Pero si usted admite al mancebo, enmudecerá la trompeta... conque espero su resolucion.

MELCH. (Aparentando calma y serenidad.) Voy á responder. Cuando un hombre se mezcla en asuntos que no son de su incumbencia, es necesario que reciba un pronto y eficaz correctivo, para que se ocupe de sus asuntos, ántes de mirar los ajenos. Usted me ha dado un consejo, y pide mi resolucion.

RUP. Es verdad.

- MELCH. Yo voy á darle á usted otro, y pido la suya.
RUP. Veamos.
MELCH. Creo, que hoy por hoy, no puede usted tocar esa trompeta.
RUP. ¿Por qué?
MELCH. Porque, si ha de ser la que convoque el juicio, tendrá usted que aparecer en él. ¿No ha observado usted que su casa tiene el tejado de vidrio?
RUP. Explíquese usted, don Melchor.
MELCH. Con mucho gusto, don Ruperto.
TELESF. (Ap.) ¿Qué es esto, Dios mio?
MELCH. Pues ha de saber, amigo mio, que Dámaso, su primo de usted, resuelto como lo está á no transigir respecto á aquella disidencia de familia, se ha propuesto hacer á usted todo el daño posible, y ayer mismo, merced á una corta cantidad que le he ofrecido, ha prometido venderme todos los recibos y escrituras que tiene de usted y que acreditan las sumas que le ha suministrado, y los arriendos que ha dejado de satisfacerle. Yo compro estos documentos por una futeza. Ya sabe usted que su primo Dámaso es muy desprendido cuando bebe; y que yo suelo agasajarle con el vino de mi bodega. Los papeles estarán en mi poder esta noche, y estoy resuelto, no bien haya sonado la trompeta, á embargarle hasta la respiracion, para que no pueda usted soplar el instrumento. (Saludo afectuoso y lleno de ironía.) Señor don Ruperto... Saludo á usted con el cariño... que usted se merece.
RUP. Mil gracias, señor don Melchor.
MELCH. Beso á usted la mano, señor don Ruperto. (Retirándose.)
RUP. Beso á usted la suya, señor don Melchor. (Entra Melchor en el Ayuntamiento.)

ESCENA VI.

RUPERTO, TELESFORO.

TELESF. ¿Sabe usted que el tal don Melchor?...

- RUP. No es tonto... es un pájaro de cuenta. Pero con esta clase de hombres me gusta pelear.
- TELESF. Regresaré á Madrid; no quiero que por mi causa se vea usted en la necesidad de...
- RUP. ¡No lo consiento! Está empeñado mi amor propio en este asunto, y usted ha de ser el que se ponga al frente de la tienda de Aniceto.
- TELESF. Pero...
- RUP. No hay pero que valga. No renuncie usted á su propósito, y déjeme trabajar. Lejos de guardar silencio, voy á ver á mis amigos para anunciarles lo que sucede. Preséntese usted al alcalde, y hablaremos despues. ¡Hasta luego! (Se retira por el foro; llama á los grupos y se retira con ellos.) ¡Muchachos!... Ha caido que hacer.

ESCENA VII.

TELESFORO, luego JACINTA.

- TELESF. No, no; me vuelvo á Madrid. ¡Pobre Jacinta! Ella creyó... y yo tambien lo creí, que ibamos á estar juntos... que ibamos á vernos á cada instante. ¡Por ella hacia yo el sacrificio de encerrarme en este pueblo!... Para economizar y casarnos pronto.
- JAC. (Saliendo por la izquierda corriendo y atribulada) ¡Oh!... Á buscarte venia!
- TELESF. ¿Qué te sucede?
- JAC. ¡Una desgracia! ¡Pero no he tenido yo la culpa!
- TELESF. ¡Pero habla!
- JAC. (Con agitacion.) Despues que puse el papel que me dió el señor Ruperto en la mesa del alcalde, entré en la huerta para dar agua á la ternera, que está atada junto á la noria. Dámaso me estaba acechando detrás de una higuera, y corrió hácia á mí para abrazarme. Huyo, y aunque estaba borracho me alcanzó. Me coge las manos; me defiende como puedo; le empujo para escaparme, y ha caido en el estanque, y no se mueve... Es necesario acudir para que no se ahogue.

TELESF. Vamos ahora á sacarlo, que despues, él y yo, nos veremos la cara! ¡No perdamos tiempo!

JAC. ¡Vamos!

TELESF. Guia, que ya te sigo. (Entran por la tienda precipitaádos.)

ESCENA VIII.

ANICETO, EUSTAQUIO.

Aniceto aparece por el foro derecha en traje de caza, con escopeta y dos perdices, y Eustaquio por el foro izquierda con un papel en la mano.

ANIC. Ya estoy de vuelta.

EUST. Le ví á usted venir desde lejos, y me apresuré para salir á su encuentro.

ANIC. Eres un excelente alguacil.

EUST. ¡Gracias, señor alcalde. ¿viene usted satisfecho de su correría?

ANIC. Ya lo ves, dos perdices; las que necesitaba para festejar mi santo de mañana. Ya sabes que mañana es San Aniceto. Comida extraordinaria, y por la noche un ratito de tertulia en mi casa, es decir, hasta las nueve. Al toque de la queda cada mochuelo á su olivo. (Despojándose de los arreos de caza, y poniéndolos sobre el banco)

EUST. ¿Conque va usted á tener tertulia?

ANIC. (Sentándose y sacando un puro, que enciende luego.) Como todos los años; pero esta vez se encarga don Melchor de la direccion de la fiesta. Dice que quiere mucha finura, mucha ceremonia; mucha etiqueta... Sí, esa ha sido la palabra, mucha etiqueta, como se usa en Madrid en las casas de rango. Y como él sabe todas esas cosas, porque al fin y á la postre, se ha criado en buenos pañales, como dice el refran, le he dado carta blanca...

EUST. Y como se mete en todo...

ANIC. ¡Calla! ¿Tambien tú le miras de reojo? ¿Tampoco es santo de tu devocion?

EUST. ¿Lo es de alguién en el lugar?

- ANIC. Punto y aparte; no quiero murmuraciones. Ha ocurrido algo?
- EUST. Sí, señor. Los mayores contribuyentes del pueblo, encabezados por el señor Ruperto, quieren hablar á usted, y me han dado este escrito, para que le pusiera en sus manos.
- ANIC. El asunto es no dejarme en paz, ni en la víspera de mi cumpleaños. (Tomando el pliego.) Llévate esos arreos y las perdices allá adentro. (Váse Eustaquio con lo indicado.) ¡Siempre mensajes y reclamaciones! ¡No quiero ser alcalde; se acabó! Mi difunta tenía razon cuando decia: «No se ha hecho la miel para la boca del asno.» (Abre pliego.) Veamos que embajada es esta. (Lee.) «Que el secretario de la municipalidad arranque de su lado de usted á sus enemigos políticos, se comprende; pero no se concibe que su desconfianza se extienda á un pobre muchacho, cuya honradez hubiera contribuido á ordenar su comercio. Le niega la entrada en su casa de usted á pesar de las recomendaciones de un amigo del secretario, que ha militado con él en el ejército carlista en clase de trompeta.» (Habla.) ¡Cachorrito! ¿Será posible que este hombre?... (Lee.) «Esto le dará á conocer quién es don Melchor. Haga usted el uso que quiera de esta advertencia.» (Habla.) ¡Muchos son los firmantes! (Se levanta y pasea.) ¡Pues á mí nadie me sopetea! ¡Quiero desde hoy hacer mi santísima voluntad. Con efecto, hoy debia presentarse ese muchacho... y habrá venido cuando... aquí me dicen...
- EUST. (Saliendo.) Aquí estoy de vuelta.
- ANIC. Mira, busca por el pueblo á Telesforo, á ese muchacho que suele venir...
- EUST. Le conozco, y le he visto esta mañana apearse de la diligencia...
- ANIC. Búscalo, y díle que venga á verme sin tardanza.
- EUST. ¡Voy volando! (Váse.)
- ANIC. ¡Ó soy ó no dueño de mi casa! ¡Se acabaron las consideraciones y las debilidades! (Viendo salir del Ayuntamiento)

to á Melchor.) ¡Él se acerca! (Guarda el papel con aturdimiento, lo que observa Melchor.)

ESCENA IX.

ANICETO, MELCHOR.

- MELCH. Pronto ha dado usted la vuelta.
- ANIC. Iba picando el sol demasiado, y empezó á dolerme la cabeza.
- MELCH. (Con interés.) ¿Se siente usted malo?
- ANIC. No estoy muy bueno.
- MELCH. ¡Algún disgusto!.., ¡Alguna mala noticia!
- ANIC. ¿Por dónde presume usted, que...
- MELCH. Observé al llegar aquí que ocultaba usted un papel.. y hasta presumí, al notar su emocion de usted, que habria en ese papel algo referente á mi persona.
- ANIC. Es una recomendacion en favor de Telesforo.
- MELCH. ¿Puede saberse quién le recomienda?
- ANIC. (Con enfado.) ¿Y para qué quiere usted saberlo? He ofrecido no enseñar la carta á nadie.
- MELCH. Entónces esa carta es del señor Ruperto.
- ANIC. ¡Este hombre todo lo adivina!
- MELCH. ¡Muy bien hecho... Acoja usted con benevolencia á sus enemigos para que el pueblo murmure y los concejales se ausenten del pueblo y arrastremos la impopularidad.
- ANIC. ¡Vuelta con la impopularidad! ¡Me tiene usted el alma frita con sus quejas y reconvencciones contra todo el mundo. Para usted no hay bicho viviente que pueda acercarse á mí, ni mis cólegas. Dentro de poco llegará usted á privarme hasta de mi sirvienta, suponiendo que será capaz de envenenarme.
- MELCH. Poco á poco. Como sé que esa muchacha le sirve á usted con lealtad, no he conocido para ella más que elogios. ¿Lo negará usted? Yo la doy consejos para que cuide de la hacienda de su amo; la amonesto para que no tenga novio, y se consagre únicamente al servicio de usted.

- ANIC. (Variando de tono.) ¿Le da usted esos consejos?
- MELCH. Á cada momento. Ella misma puede decir... Pregúnteselo usted.
- ANIC. Sí que se lo he de preguntar. ¿Y qué responde ella?
- MELCH. ¡Es tan dócil la pobrecilla! ¡tan sencillota! Gana poco para lo mucho que trabaja.
- ANIC. ¡Sesenta reales!
- MELCH. Eso es poco.
- ANIC. ¿Poco?... ¿Le parece á usted que la dé setenta?
- MELCH. Cada mes puede usted ir añadiendo diez reales para ir la estimulando.
- ANIC. ¿Pero eso tendrá un término?
- MELCH. Se supone. ¿Con que... persiste usted en recibir á ese muchacho?
- ANIC. ¿Pero qué inconveniente hay para que no pueda?...
- MELCH. Podrá ser causa de un mal ejemplo enamorándose de la muchacha; ella podrá corresponderle, y la que hoy tiene juicio, puede perderle mañana.
- ANIC. Tiene usted razon.
- MELCH. ¿Conque me promete usted no volver á ver á Telesforo?
- ANIC. ¡Lo prometo!

ESCENA X.

DICHOS, TELESFORO, EUSTAQUIO.

- EUST. Aquí está el señor Telesforo. (Entra en la tienda.)
- ANIC. (Ap.) ¡Esta es más negra!
- MELCH. (Ap. separándose.) ¿Qué le dirá?
- TELESF. El señor Eustaquio me ha dicho que usted me llamaba.
- ANIC. Tanto como llamar... no... yo habia querido decir á usted que viniera para...
- MELCH. Decir á usted que le era imposible admitirle en casa, como usted habia solicitado.
- TELESF. Yo no he solicitado nada. Á mí se me ha buscado. Que lo diga el señor alcalde.

- ANIC. Con efecto, busqué, es decir, yo no busqué; pero usted tampoco solicitó... y entónces... Mi secretario le explicará. (Yéndose por la tienda.) Que él me saque de este lío. ¡Pobre muchacho!
- TELESF. Diga usted... veremos si hay explicacion posible que pueda justificar esta informalidad.
- MELCH. Le veo á usted demasiado alterado para entrar en explicaciones.
- TELESF. Desde ahora pido indemnizacion de daños y perjuicios.
- MELCH. ¿Hay algun pacto escrito?
- TELESF. No señor.
- MELCH. (Sonriendo.) Páselo usted bien, señor Telesforo, y refiera á su protector lo que ha ocurrido. (Entra en la tienda)

ESCENA {XI.

TELESFORO, luego RUPERTO.

- TELESF. Esto no puede quedar así. ¡Pero con la desesperacion me olvido de la catástrofe! Cuando llegamos al estanque ya Dámaso habia espirado; y aunque conseguí sacarle... Ya lo saben en el pueblo... Jacinta está amedrentada, y piensa buscar un asilo en casa del cura.
- RUP. (Saliendo por el foro izquierda.) ¡La fortuna me favorece!
- TELESF. ¿Es usted?... ¡Qué desgraciado soy, amigo mio!
- RUP. Pues yo soy ahora muy afortunado... conque no tema usted nada.
- TELESF. Pero...
- RUP. Mi primo Dámaso ha muerto, y no ha podido por lo tanto vender mis deudas á don Melchor, y como ha fallecido *abintestato*, soy su único heredero... y vengo á pedir justicia al alcalde, porque le han hallado muerto... (Rumores del pueblo.)
- TELESF. Pero es el caso, que Jacinta...
- RUP. Déjeme usted ahora de amores... Aquí se acercan los electores de la oposicion. ¡Una herencia, un motin! (Se aumentan los gritos.) ¡Esto marcha! (Mirando al foro.)

TELESF. Pero escuche usted primero...

RUP. No puedo ahora. (Saliendo al encuentro del pueblo.) ¡Aquí, muchachos! ¡Justicia!

PUEBLO. ¡Justicia! ¡Abajo el secretario! (Siguen los gritos.)

ESCENA XII.

DICHOS, PUEBLO, luego ANICETO, MELCHOR, EUSTAQUIO

ANIC. (Que sale precipitadamente con el baston de Alcalde.) ¿Qué es esto? ¿Qué pasa en el pueblo?

RUP. ¡Cosas graves! (Todos gritan.)

ANIC. ¡Silencio! ¡Que hable uno solo! Aquí estoy yo para administrar justicia.

RUP. Soy un pariente desconsolado que vengo á pedir justicia. Un elector honrado y prudente, mi primo Dámaso, ha sido asesinado en la huerta del Alcalde.

TELESF. (Ap.) Esto se complica!

RUP. Ha sido arrojado al estanque, y el agresor se ha fugado.

MELCH. Debo advertir... (Gritos del pueblo.)

ANIC. ¡Silencio, vuelvo á decir! (Á Ruperto.) Prosigue.

RUP. Los que han dejado escapar al agresor son los mismos que se han armado contra mi querido primo. Y acusamos al señor secretario y á sus parciales, que tienen interés en que perdamos las elecciones; y si mañana andamos en el pueblo á tiros y á garrotazos, no será nuestro partido el responsable.

MELCH. ¿Puedo hablar? (Gritos.)

ANIC. ¡Silencio! (Gran silencio.) ¡Silencio he dicho!! (Á Melchor.) Tiene usted el uso de la palabra.

MELCH. Desprecio las amenazas del señor Ruperto. Hasta ahora se dice que Dámaso ha sido arrojado al estanque por la vaca que anda por la huerta, celosa del ternero que está criando.

PUEBLO. ¡Mentira! No hay señal de cornada! ¡La vaca es mansa! ¡Y le falta un cuerno! (Barullo.)

ANIC. ¡Cuerno, digo yo tambien! Dejen ustedes hablar al preopinante.

- MELCH. Yo debo atenerme á lo que se desprenda del sumario de la causa, que ya está en poder del juez. Terminante está tambien por el señor alcalde la órden de prision contra el que se presume ser el delincuente...
- RUP. Ó los delinquentes.
- MELCH. Es igual. (Sacando un papel.) Aquí está la órden.
- ANIC. Entréguela usted á Ruperto, como pariente del muerto.
- MELCH. (Se la entrega.) Tómela usted.
- ANIC. Persigue al culpable.
- MELCH. No dirá usted ahora que nos proponemos amparar al delincuente.
- ANIC. ¿Están ustedes satisfechos? (Murmillos.)
- RUP. Lo estamos.
- ANIC. Entónces, que se dispersen los grupos, y que no se repitan estos escándalos. ¡Pueblo cevilizado!... Á la taberna á distraerse!... Sígame usted, señor don Melchor. (Entra con Melchor y Eustaquio en la tienda. Aquel se retira el último mirando á Ruperto con risa burlona.)
- RUP. (Al pueblo.) Señores: Ahora á la fonda de Panseco, que allí aguarda nuestro candidato, y quiere darnos un convite. Pronto estaré con ustedes. (Váse el pueblo murmurando por el foro derecha.)

ESCENA XIII.

RUPERTO, TELESFORO.

- RUP. Esta órden me autoriza á prender á todo el que juzgue sospechoso, y lo serán para mí todos los electores del gobierno. Los denuncio, los encierran, no votan... y ganamos... tendremos mayoría... Pero qué le sucede á usted, que le veo tan mustio y desconcertado?!
- TELESF. El delincuente que se busca es la pobre Jacinta.
- RUP. ¡Canastas!
- TELESF. Ella fué la que le arrojó al estanque, defendiéndose, pero sin querer hacerle daño.
- RUP. Todo lo comprendo ahora.
- TELESF. ¿La prenderá usted?

RUP. ¿Está usted en su juicio? ¡Una muchacha que me ha proporcionado una herencia!... ¿En dónde está?

TELESF. Aquí la tiene usted.

ESCENA XIV.

DICHOS, JACINTA, que sale azorada de la tienda, con un papel y una cajita de carton.

TELESF. ¿No me dijiste que ibas á casa del cura?

JAC. He hallado la puerta cerrada; ni el cura ni el ama estaban en casa. ¿Qué hago?

RUP. No temas nada. Yo meteré en la cárcel á todo el pueblo ménos á tí. ¡Mucho sigilo! Nadie ha sospechado...

JAC. ¡Qué han de sospechar! Cuando llegué de casa del cura, me encontré en el postigo de la huerta á don Melchor, que me dijo: «El señor alcalde te ha subido el salario; preséntate á él y dale las gracias.»

RUP. ¡Qué sospecha!...

TELESF. ¿Y te has presentado?

JAC. Sí; pero hablaba sigilosamente con el alguacil, y me dijo: «Yo te llamaré.» En seguida me fuí á mi cuarto á llorar y á rezar á la Virgen para que me ampare en mi desgracia, y sobre la silla que está á la cabecera de mi cama, encontré este papel y esta cajita de carton.

EUST. (Desde la puerta de la tienda.) Jacinta, el señor alcalde te llama. (Váse en seguida.)

JAC. Tomen ustedes y vean lo que es esto. (Entrega el papel á Telesforo y la caja á Ruperto.)

ESCENA XV.

TELESFORO, RUPERTO.

TELESF. ¿Qué será esto?

RUP. Lea usted y saldremos de dudas.

TELESF. (Leyendo.) «Se acerca el momento de darme á conocer;

»pero mientras tanto, silencio.—Tu protectora.» (Habla.) No comprendo...

RUP. ¿Hay más?

TELESF. (Leyendo.) «Te remito un par de ligas. Mucho me gustaría verte bailar esta noche en la fiesta del alcalde »y divisar mi obsequio al hacer una cabriola.»

RUP. (Abriendo la caja.) Con efecto, aquí hay un par de ligas elásticas color de rosa.

TELESF. (Mirándolas.) ¡Las conozco! Vea usted en la caja la marca de mi almacén; Bazar de la Union... Además, yo mismo las he vendido.

RUP. ¿Á quién?

TELESF. Á don Melchor.

RUP. (Cogiendo de la mano á Telesforo y respirando con alegre satisfacción.) ¡Soy el más feliz de los mortales!

TELESF. ¡Yo debo matar á ese hombre!

RUP. ¡Prudencia, jóven, mucha prudencia! No se dé usted por entendido, y tenga confianza en mí. ¡Venga ese papel!

TELESF. (Dándole el papel.) ¡Aquí viene!

RUP. Déjeme usted sólo con él.

TELESF. ¿Y he de ausentarme sin romperle el bautismo?

RUP. No le rompa usted nada, y váyase usted, le vuelvo á decir.

TELESF. (Yéndose por la derecha.) ¡Hipócrita!... ¡Miserable!

ESCENA XVII.

RUPERTO, MELCHOR.

MELCH. ¿Todavía por la plaza?

RUP. Sí, señor. ¿Y á dónde bueno?

MELCH. Van á sonar las doce. Á comer. Conque si gusta usted acompañarme?

RUP. Gracias. (Deteniéndole) Disimule usted... Tenemos que hablar.

MELCH. ¿Será usted breve?

RUP. Mucho.

MELCH. Diga usted.

RUP. Soy heredero... y puedo pagar las deudas que usted ha comprado...

MELCH. Comprendo; no teme usted nada, ni el embargo, y se propone hacerme la guerra. Puede usted empezar el ataque cuando guste. Yo mismo voy diciendo á todo el mundo que he tocado la trompeta y que he sido carlista.

RUP. Sin embargo, propongo á usted la paz... una tregua de algunas horas... Y quiero, por lo tanto, que Telesforo sea admitido como dependiente en el almacén de don Aniceto.

MELCH. Es usted pertinaz. No puede ser.

RUP. Sí podrá ser.

MELCH. ¡No! (Riendo con burla.)

RUP. ¡Sí! (Imitándole.)

MELCH. ¿Por qué tiene usted tanto interés en protegerle? Dígalo usted.

RUP. ¿Por qué tiene usted tanto interés en no aceptarle? Dígalo usted.

MELCH. Porque es jóven; porque hay en la casa del alcalde una muchacha tan bonita como inocente; porque yo respeto mucho la moral; porque murmurará el pueblo, perderá la chica, y porque acaso llegue un día en que se murmure de ella con fundamento.

RUP. Esa observacion de usted me convence... y me tranquiliza.

MELCH. Mejor que yo conoce usted la perversion del siglo; los extravíos de la juventud.

RUP. Y los de los hombres maduros.

MELCH. Los hombres hoy son capaces de todo.

RUP. Hay mucho hipócrita.

MELCH. ¡Vaya que si los hay! Conozco yo uno...

RUP. Yo conozco á otro... á un seductor encubierto, que con capa de santidad, y protestando de no faltar á sus deberes conyugales... usted también le conoce... procura

seducir á una muchacha inocente. Se finge su protector invisible... Y hoy mismo, sin ir más lejos, le ha regalado unas ligas color de rosa...

MELCH. (Turbado.) ¿De veras?

RUP. Sí, señor... y el bribon, la dice además en un mensaje, que baile y haga una cabriola para que enseñe las ligas.

MELCH. Sería necesario verlo, para poder dar crédito...

RUP. Mire usted las ligas y la carta. Si yo me presento ahora á la mujer de este hombre con el cuerpo del delito, ¡figúrese usted el escándalo del pueblo!

MELCH. (Con ira.) ¡Señor Ruperto!

RUP. Estoy resuelto á devolver estas prendas á su dueño.

MELCH. ¿De veras?

RUP. Si hoy mismo queda Telesforo admitido como dependiente del señor Aniceto.

MELCH. ¿Y me dará usted?...

RUP. En cuanto le vea despachando detrás del mostrador.

MELCH. ¿Cómo ha descubierto usted este secreto?

RUP. He prometido la reserva.

MELCH. Habrá usted sobornado á la tía Mercedes, mi lavandera, que es la única...

RUP. ¡No se dé usted por entendido con ella!

MELCH. ¡Con nadie! (Suenan las doce.)

RUP. Las doce. Estará la mesa puesta, y su mujer esperándole para comer.

MELCH. Hasta luego.

RUP. Hasta cuando usted quiera.

MELCH. (Yéndose por el foro derecha.) ¡Yo tomaré la revancha oportunamente!

RUP. ¡He triunfado!—Ahora, á la fonda de Panseco á perorar en favor de mi candidato.

ACTO SEGUNDO.

Sala de pueblo en casa de Aniceto. Puerta en el foro que conduce á la calle. Otra á la derecha que guia á la tienda, y una á la izquierda que da paso á lo interior de la casa. Mesa, sillas, un brasero con tarima; un armario de pino; una cómoda y encima una urna con la imágen de un santo. Reloj antiguo de pesa. Es de noche.

ESCENA PRIMERA.

ANICETO, JACINTA.

Aniceto aparece sentado á la mesa cenando; y Jacinta poniendo en orden sillas.

ANIC. Cómo te afanas, querida.

JAC. Es preciso; son muchos los convidados y pocos los asientos; y eso que he pedido á la tia Geroma las sillas de su sala, y me las ha dado, haciéndome responsable de la que se rompa.

ANIC. Así me gusta verte, cuidadosa, hacendosa.

JAC. ¿Qué tal han estado las perdices?

ANIC. ¡Muy ricas! No era de esperar otra cosa habiendo sido aderezadas por esas manos.

- JAC. Muchas gracias, señor alcalde.
- ANIC. Á cada cual lo suyo, como decia mi difunta.
- JAC. ¿Y qué ropa piensa usted ponerse esta noche en la fiesta?
- ANIC. La mejor y la más lucida. El pantalon azul; el chaleco de cuadros encarnados, la camisa de chorreras, y el chaqueton de botones de nacar.
- JAC. Voy á sacarlo todo de la cómoda y á ponerlo sobre la cama de su cuarto de usted. (Se dirige á la cómoda y saca lo que ha indicado.)
- ANIC. (Ap.) Si yo me atreviera... Lo dejaremos para despues. Beberemos esta noche algo más de lo regular para perder el miedo.
- JAC. (Con la ropa en el brazo.) Aquí lo llevo todo. Creo que está usted ya concluyendo. Luego volveré para llevarme el servicio. (Váse por la izquierda.)

ESCENA II.

ANICETO, luego TELESFORO.

- ANIC. Por qué he de ser tan cobarde? Si yo encontrase un confidente á quien poder transmitir mis intenciones para que me diera un consejo... (Á Telesforo, que sale por la puerta de la derecha.) Ha cerrado usted la tienda?
- TELESF. Sí, señor; he obedecido las órdenes de usted.
- ANIC. Pues siéntese usted á mi lado y echemos un trago. Anímese y tome algo de lo que queda. Si hubiera usted venido ántes; pero todavía existen restos de las dos perdices que ayer cacé.
- TELESF. (Sentándose.) Picaré. (Trincha y come)
- ANIC. ¡Caramba!... ¡Me parece mentira que le tengo á usted á mi lado! ¡Tanto como yo lo deseaba! Al fin don Melchor debe haberse convencido de la necesidad que habia de tener un dependiente que cuidara del negocio.
- TELESF. Tiempo ha tardado en resolverse.
- ANIC. Pero al fin se resolvió, de lo cual me alegro.

TELESF. ¿Sí?

ANIC. Sí, señor; me tiene cargado la alcaldía; tengo descuidados mi asuntos domésticos; vivo más en el ayuntamiento que en mi casa. No he tenido un amigo en quien poder confiar para contarle mis cosas. Desde el punto y hora que le conocí, simpatiqué con usted.

TELESF. Muchas gracias.

ANIC. ¿Quiere usted que echemos un trago?

TELESF. Corriente.

ANIC. (Echando vino en los vasos.) Es de Arganda; del añejo que reservo para las ocasiones. Esta noche tenemos que hablar mucho; quiero alegrarme, que al fin es día de mi santo. (Echando vino y brindando.) ¡Vaya un trago! (Beben.)

TELESF. Bebamos.

ANIC. ¿Qué tal?

TELESF. ¡Excelente!

ANIC. Si no fuera por estos ratos que me hacen olvidar mis penas...

TELESF. ¿Tiene usted penas?

ANIC. Desde que enviudé, paso la vida más triste del mundo.

TELESF. ¿No ha encontrado usted quien le consuele?

ANIC. (Sonriendo.) ¡Qué pillo es usted!

TELESF. ¿Yo?...

ANIC. Me alegro que me salga usted por ese registro. (Echando vino.) ¡Otro empujon! (Beben.)

TELESF. Tengo miedo de que se me suba á la cabeza.

ANIC. ¡Mejor! Así nos alegraremos. Eso quiero yo, ponerme calamucano; será la única manera de perder el miedo para hacer una declaracion.

TELESF. ¿Una declaracion?

ANIC. Sí, señor... una declaracion amorosa. (Con misterio.) ¡Tengo un trapicheo! ¡Le ando haciendo la rueda á una muchacha!

TELESF. ¿De veras?

ANIC. Como usted lo oye... Pero creo que ella no me ha entendido, ó yo no he sabido explicarme... Y es el caso

que me he enamorado como un borrico.

TELESF. ¿Es posible?

ANIC. Se lo digo como lo siento. Como yo no he conocido más mujer que á la difunta, no tengo práctica, y por lo tanto, pienso ponerle á usted en autos para que me dé un consejo. (Echando vino.) Beba usted para iluminarse. (Beben.)

TELESF. Va usted á conseguir que me ponga chispo.

ANIC. Así quiero yo verme; chispeante de amor y de atrevimiento. Es mi cumpleaños, y se me figura que esta noche nadie vendrá á hablarme de elecciones.

TELESF. Yo creo que sí.

ANIC. ¡Cómo!

TELESF. Vendrá el señor Ruperto para hablarle de don Casimiro, el candidato...

ANIC. ¡No le nombre usted! ¡Sí supiera el secretario y los demas electores ministeriales, que yo recibia en mi casa al señor Ruperto!...

TELESF. ¿Pero no es amigo de usted?

ANIC. Sí; hemos estado juntos en la escuela; hemos sido siempre muy amigos; pero la pícara política... es decir, desde que vino al pueblo ese secretario, que Dios confunda!...

TELESF. ¿No es usted alcalde?

ANIC. Pues ya se ve que lo soy.

TELESF. Pues tenga usted voluntad propia, y hágase respetar.

ANIC. ¡Sí, señor, que me haré respetar! ¡Ó soy, ó no soy alcalde! Bien me decia mi difunta: «Hazte miel y te comerán las moscas.»

TELESF. ¡Y su difunta tenia razon!

ANIC. ¡Era mujer de mucha chispa!... ¡Prometo á usted desde este dia mucho carácter. ¡Á mí nadie me sopetea!

TELESF. ¡Se acerca don Melchor!

ANIC. (Desconcertado.) ¡Cómo! (De pie.) ¿Á qué vendrá esta pécora?

ESCENA III.

DICHOS, MELCHOR.

MELCH. (Ap.) Ya están á partir un piñon.

ANIC. ¿Qué hay de nuevo, don Melchor?

MELCH. En presencia de este jóven, no puedo...

TELESF. Si estorbo, me ausentaré.

ANIC. ¿Para qué?... Entreténgase usted en leer *La Correspondencia*, qué está sobre la cómoda.

TELESF. Como usted guste. (Coge *La Correspondencia* de encima de la cómoda, y lee sentado.)

ANIC. ¿Qué tenemos?

MELCH. Prepárese usted para otro motin como el de esta mañana.

ANIC. ¡Al pueblo le ha picado hoy la tarántula!

MELCH. Y esa tarántula es el señor don Casimiro Ortega, que alentado por el señor Ruperto, está corrompiendo á nuestros electores.

ANIC. ¿Cómo es eso?

MELCH. Ha dado una comida á los mayores contribuyentes en la fonda de Panseco, y á los postres ha pronunciado discursos subersivos contra el gobierno. Yo he puesto un telégrama, y le he dirigido á Madrid, á quien usted sabe, y he recibido otro, en el que se me encarga diga á usted, que dé orden á don Casimiro para que salga del pueblo inmediatamente, como trastornador del orden público.

ANIC. ¿Se lo encargan á usted de una manera tan terminante?

MELCH. (Sacando un papel.) Puede usted si quiere leer el despacho.

ANIC. ¿Á ver, á ver? (Cogiéndolo.)

MELCH. Mejor que yo conoce usted las consecuencias que podría traernos la tolerancia...

ANIC. Es verdad.

MELCH. Voy á la secretaría; extenderé la orden mandando salir

del pueblo á don Casimiro, y volveré para que usted la firme.

ANIC. Corriente.

MELCH. Pronto estaré de vuelta. (Ap.) ¡Otro golpe cruel para Ruperto! (Váse.)

TELESF. (Ap.) Esta vez mi protector pierde la partida.

ANIC. (Repasando el parte.) ¿Qué quieren decir estos garabatos? (Murmurando el parte.)

ESCENA IV.

DICHOS, JACINTA.

Que sale por la izquierda con un canasto para meter el servicio de la mesa, ménos las botellas y el mantel, que colocará en el armario.

TELESF. (Bajo á Jacinta.) Tengo que hablarte.

JAC. (Bajo á Telesforo.) Yo también á tí. (Quitando el servicio de la mesa.)

TELESF. ¿Hay alguna novedad?

JAC. Me ha dicho el señor Ruperto, que tanto tú como yo hablemos al alcalde de nuestra boda, y que te espera á la puerta del estanco para decirte una cosa muy urgente.

TELESF. ¡Voy corriendo! (Váse por el foro.)

ESCENA V.

ANICETO, JACINTA

ANIC. (Guardando el parte.) No lo entiendo. (Viendo á Jacinta.) ¡Hola!... eres tú?

JAC. Sí, señor; yo soy.

ANIC. Me alegro.

JAC. Estoy quitando la mesa porque supongo que ya habrá usted concluido de cenar.

ANIC. Sí, he concluido. (Ap.) (Estoy solo con ella... la ocasion la pintan calva.)

- JAC. Ya tiene usted preparada la ropa encima de la cama de su aposento.
- ANIC. Estimando por el cuidado. Ya sabrás que tienes de salario setenta reales.
- JAC. Lo he sabido y le doy á usted las gracias. (Ap.) (Seguiré el consejo del señor Ruperto ,le hablaré de mi boda.)
- ANIC. (Unas se me van, y otras se me vienen. ¿Por qué seré tan memo?)
- JAC. (Observando.) ¿Le falta boton al cuello de la camisola que tiene usted puesta?
- ANIC. (Llevando la mano al cuello.) Creo que sí, que le falta el boton.
- JAC. (Registrando.) Sí, señor, el boton ha saltado. Es que va usted engordando de pescuezo.
- ANIC. De todo, querida, de todo.
- JAC. (Echando mano á los bolsillos del delantal.) Aquí tengo yo avios de coser y en la cómoda tengo botones. (Abriendo el cajon de la cómoda.)
- ANIC. Pero si pronto he de ponerme otra camisola... la de chorreras...
- JAC. No importa. No quiero que digan en el pueblo que tiene usted en su casa una mujer descuidada.
- ANIC. Gracias, querida, gracias.
- JAC. Yo me he propuesto tenerle á usted como una pirino la.
- ANIC. ¿Cómo una pirinola?
- JAC. Sí, señor, limpio cosido, y mondado. Deje usted que le pegue el boton. (Cosiendo.)
- ANIC. (Ap.) ¡Qué manitas!... ¡Qué calorcito despiden!... Voy á disparar.
- JAC. ¡Señor Aniceto! (Con mimo.) Tengo que decir á usted una cosa.
- ANIC. Habla, pichona ¡¡Ay!!!
- JAC. ¿Le he pinchado á usted?
- ANIC. Sí, me has pinchado... aquí, en el corazon. (Ap.) (Ya me voy explicando.)
- JAC. ¡Qué cosas tiene usted!
- ANIC. ¿Conque, qué ibas á decirme?

- JAC. Ya que le veo á usted tan meloso, y tan... acaramelado...
- ANIC. Sí, querida; estoy en punto de caramelo.
- JAC. Pues voy á pedirle á usted un favor.
- ANIC. ¡Pida lo que quiera esa boquita de merengue!
- JAC. (Riendo.) ¡Chúpate esa!
- ANIC. ¿Qué he de chupar, mi vida?
- JAC. No se mueva usted tanto, que le voy á pinchar siⁿ querer.
- ANIC. Pincha, pincha.
- JAC. Pues ha de saber usted, que tengo una persona que me protege.
- ANIC. ¡Cómo
- JAC. Ya tiene usted cosido el boton.
- ANIC. ¿Conque tienes una persona que te protege?
- JAC. (Guardando los avios de coser.) Sí, señor. Pero esa persona oculta, me prohíbe... ¿Quién se acerca?
- ANIC. (Mirando al foro.) ¡Por vida del rey de copas! ¡En qué momento! Luego me dirás...

ESCENA VI.

DIOS, TELESFORO, RUPERTO.

- RUP. Dios te guarde, Aniceto.
- ANIC. Mira, Ruperto; toma las de Villadiego... Déjame en paz por esta noche. ¡Apostaría cualquiera cosa á que te trae alguna camorra!
- RUP. (Á Telesforo y á Jacinta.) Déjenme ustedes sólo con mi amigo.
- TELESF. (Á Jacinta.) ¡VÁMONOS!
- JAC. ¡VÁMONOS! (Váse con el servicio de la mesa, seguida de Telesforo.)

ESCENA VII.

ANICETO, RUPERTO.

- JUP. Has de escucharme aunque no quieras. (Con briqs.)

- ANIC. ¿Pero os habeis propuesto tú y el secretario mortificarme?
- RUP. He sabido hace poco que vas á echar del pueblo á don Casimiro...
- ANIC. Y estoy esperando de un momento á otro la órden para firmarla.
- RUP. ¡No la firmarás!
- ANIC. ¿Y por qué no he de firmarla?
- RUP. Porque te lo aconseja un amigo de la infancia, que ha sido tu compañero en el municipio, y no quiere verte hoy convertido en juguete de un hipócrita, de un bribon, que sólo atiende á su provecho á costa de la impopularidad de un hombre honrado.
- ANIC. ¿Tambien tú me sales con la impopularidad? Los dos por distintos caminos, quereis hacerme popular; pero yo estoy viendo que lo que únicamente quereis es achicharrarme la sangre. ¡Se acabó!... firmaré la órden. ¡Está resuelto, y no me vuelvo atrás!
- RUP. Bien, hombre; firma esa órden, y no mires la responsabilidad que te echas encima. Alienta los planes de ese pillo, que está trabajando para que nunca tengamos alumbrado; para que siga cometiendo agios en la quintas; confabulándose con el médico para dar por inútiles á los que sueltan la mosca; para que nunca se haga el paseo proyectado, presupuestado y aprobado hace más de un año; para que los fondos destinados al empedrado de la plaza se gasten en pólvora y castillos de fuegos, en músicas de regimiento, y bailes dados en su casa el día del patron del pueblo. ¡Aliéntalo, para que vaya diciendo por todas partes que eres un hombre inepto; que si no fuera por él no habria administracion en la municipalidad!
- ANIC. ¿Te callarás?
- RUP. No; has de escucharme, para que conozcas lo que tienes á tu lado.
- ANIC. ¿Pero puedo yo remediarlo? ¿No sabes lo que pasa? ¿No le aceptan tambien mis cólegas, y me dejan solo

en las astas del toro? ¿No sabes lo que sucedería si yo lo destituyese?

RUP. ¿Qué puede esperarse de un alcalde que no tiene valor para sobreponerse?...

ANIC. Y vete, que le estoy esperando y no quiero que te vea conmigo y me quemé después la sangre.

RUP. No tienes tú la culpa, sino yo, que me tomo interés por un ingrato, que no quiere...

ANIC. Además, es un hombre, cuya conducta no puede motejarse... Buen esposo...

RUP. ¡Es hasta donde puede llegar la ceguera de un hombre obcecado!

ANIC. Nadie ha podido todavía...

RUP. Pues has de saber, que ese hombre es un seductor infame, que está tendiendo un lazo de mala especie á una pobre muchacha...

ANIC. (Queriendo ausentarse.) ¡Bah, bah! . me voy adentro... ¡Á una pobre muchacha!

RUP. Sí; ¡á tu misma criada!

ANIC. (Se vuelve de pronto.) ¡Cómo! ¿Á Jacinta?

RUP. Sí, á Jacinta. Fingiéndose su protector oculto, la agasaja, y la está preparando para hacerla desgraciada para deshonrarla.

ANIC. (Muy animado.) ¡Ruperto!... ¡Ese hombre ha concebido un pensamiento infame! (Pasea con agitacion.) ¡Es necesario destituir á ese hombre! (Ap.) (Ahora recuerdo que ella me habló de un protector oculto!...) (Alto.) ¡Es necesario destituirle, sin remedio!

RUP. (Observando con asombro.) ¡Calla!... ¿Qué estoy descubriendo?

ANIC. Tendré valor para todo. ¡Ahora sí que tengo valor para todo!

RUP. (Ap.) (¡Este también está enamorado de la muchacha! ¡La victoria es mía!) (Alto.) Conque pásalo bien, y sé con don Melchor lo más indulgente y benévolo que puedas.

ANIC. ¡Yo indulgente y benévolo! Pues hombre, eso faltaba!

Yo soy tolerante, pero hasta cierto punto. Cuando los hombres penetran en ciertos terrenos...

RUP. No te vayas á sulfurar de modo que... ¡Adios!

ANIC. No te alejes; quédate; ahora verás si soy ó no soy hombre de resolucion y de carácter.

RUP. Aquí viene...

ANIC. (Estirándose el chaleco) ¡Verás qué rociada!

ESCENA VIII.

DICHOS, MELCHOR, que entra por el foro con semblante satisfactorio, y con un oficio en la mano, sin reparar en Ruperto.

MELCH. Quiero leerle á usted la órden, para que vea el veneno y la burla que esconde la cultura de la frase. (Leyendo.) «El entusiasmo que han producido en este pueblo las »maravillas de su elocuencia, puede ser nocivo á la »tranquilidad pública; y por más que me sea sensible, »tengo el disgusto de ordenarle, bajo mi responsabilidad, que se ausente del pueblo no bien reciba la presente, procurando de que su dilacion no sea causa del »empleo de medidas más rigurosas.—Dios guarde á »usted muchos años, etcétera.» (Habla.) Conque... ¿firmará usted?

ANIC. (Cogiendo el oficio con imperio y guardándolo, dice con ridícula gravedad.) ¡No, señor!

MELCH. ¿Y por qué?...

ANIC. ¡Porque no me da la gana! (Le mira de arriba á abajo, y váse por la izquierda con majestad. Melchor queda estático mirándole salir.)

MELCH. ¿Qué le ha pasado á este hombre?

RUP. (Se acerca con risa burlona y le da un golpecito en el hombro) ¿Señor... don Melchor?

MELCH. (Volviéndose.) ¡Ah!... ¡Ya lo comprendo todo!

RUP. No era de esperar otra cosa de su esclarecida penetracion.

MELCH. Es usted... muy lisonjero.

RUP. Soy... justo; nada más que justo, señor don Melchor.

(Cortesías.) Doy á usted la enhorabuena por la redaccion de la órden.

MELCH. ¡Gracias!...

RUP. Y... páselo usted bien, señor don Melchor.

MELCH. Lo mismo digo, señor Ruperto. (Saludos burlones.)

ESCENA IX.

MELCHOR.

El golpe ha sido bueno... Es la primera vez que el alcalde me habla con ese imperio... ¿Qué le habrá dicho Ruperto? Pues, señor, está visto que el alcalde me odia de muerte... ¡No importa! ¡Si yo descubriese algo con que poder tomar la revancha!... ¡Ah!... ¡Jacinta!

ESCENA X.

MELCHOR, JACINTA, que se dirige á la cómoda y la abre.

JAC. Muy buenas noches, señor don Melchor. (Sacando un estuche.)

MELCH. Felices las tengas tú tambien, hermosa zagala.

JAC. (Ap.) (¡No me engatusas, que ya me ha dicho Telesforo que te mire con prevencion.)

MELCH. ¿En qué te ocupas, hija mia?

JAC. (Ap.) (¡Qué cariñoso es!) (Alto.) Me ha dicho el señor Aniceto que lleve el alfiler de brillantes para la pechera. Quiere lucirlo esta noche en la fiesta.

MELCH. ¿Y es ese?...

JAC. (Abriendo el estuche.) Este, sí, señor. Este alfiler no se clava en la pechera de don Aniceto sino el dia que repican gordo.

MELCH. Se entiende... Y como hoy es dia de repique... (Observando el alfiler.) Es una buena pieza.

JAC. Esa alhaja debe valer mucho dinero, ¿no es verdad, usted?

- MELCH. ¡Pichs!... Unos seiscientos ú ochocientos reales.
- JAC. ¿Cuántos duros son ochocientos reales?
- MELCH. Cuarenta duros.
- JAC. ¡Jesús, cuánto dinero! ¡Parece mentira que una cosa tan pequeña cueste tanto dinero! Los pendientes que le regaló Pepote á Nemesia, la hija del carnicero, cuando se casó, dicen que le costaron al novio mil reales. Mil reales son cincuenta duros, ¿no es verdad, usted?
- MELCH. Sí, cincuenta duros.
- JAC. Pues véalo usted ahí; cincuenta duros costaron esos pendientes.
- MELCH. ¿Y el señor Aniceto te ha dado las llaves de todo?...
- JAC. De todo. ¡Pues no faltaba otra cosa! Tiene en mí mucha confianza. Soy pobre, pero honrada.
- MELCH. Prosigue siendo buena muchacha; sé obediente á los preceptos de tus amos; huye las malas compañías.
- JAC. (Ap.) ¡Este hombre es un bendito! Esos consejos...)
- MELCH. ¿Qué dices?
- JAC. Nada... me habian asegurado que era usted muy malo.
- MELCH. ¿Quién te ha dicho?
- JAC. Personas que no le conocen á usted; que no le tratan, ni le oyen á usted como yo le estoy oyendo; pero personas que no le querrán á usted como yo le quiero ahora.
- MELCH. (Cogiéndole la mano.) ¿Podré creer en ese afecto? Dame una prueba...
- JAC. Pídala usted.
- MELCH. No está lejos el momento en que yo te pida... Empiezo por darte un encargo.
- JAC. ¿Cuál?
- MELCH. Se me figura que lo harás con eficacia.
- JAC. ¿Quién lo duda? Diga usted.
- MELCH. Es necesario que averigües quién ha sido el que arrojó al estanque á Dámaso...
- JAC. ¡Ah!
- MELCH. ¡Ha sido un asesinato!
- JAC. (Con prontitud.) No, señor... Me cogió de las manos á

traicion, de sorpresa... y luchando, dió él mismo un traspies y cayó...

MELCH. (Con asombro.) ¿Luego eres tú, la que...

JAC. Sí, señor, yo...

MELCH. (Tapándole la boca.) ¡Calla, desgraciada! ¡Que nadie lo sepa, ó eres perdida!

JAC. Pero es que yo no quise...

MELCH. Desde luego eres inocente, pero no reveles á nadie... Las averiguaciones van á ser muy prolijas, te falta la astucia necesaria para disimular, y es conveniente prevenir el conflicto. Por lo tanto urge que esta misma noche salgas del pueblo.

JAC. ¿Qué me dice usted? ¿Y á dónde voy?

MELCH. Nada temas. Preven tu equipaje; toma la ropa más indispensable para tu uso, y cuando termine la fiesta del alcalde, te encaminas á la Cascada del Álamo, que allí te espero yo con mi caballo. Al amanecer estaremos en Madrid, y allí te buscaré una casa, donde vive una señora anciana de toda mi confianza, y donde nada necesitarás. Yo iré á verte de vez en cuando; y así que la ocurrencia se olvide volverás al pueblo.

JAC. ¿Pero tan grande es el peligro que corro?...

MELCH. ¡Grandísimo!... ¡Muy grande! ¡Creo que no faltarás?

JAC. No faltaré.

MELCH. Ya ves cómo procuro tu bien; cómo me prevengo para salvarte.

JAC. ¿Y es usted á quien yo tanto temia?

MELCH. ¿Me agradeces?

JAC. ¡De tal modo le agradezco lo que hace por mí, que no sé... lo que yo le daría!

MELCH. Tiempo queda... ¡Silencio, que viene gente!

ESCENA XI.

DICHOS, TELESFORO.

TELESF. (Á Jacinta con enfado.) ¡El señor alcalde espera el alfiler!

JAC. ¡Voy á llevárselo! (Váse.)

MELCH. ¡Qué maneras!... ¡Mucho imperio va usted tomando en la casa.

TELESF. No tengo nada que responderle á esa indicacion... y sí decirle, que don Aniceto le quiere hablar:

MELCH. ¿Á mí?

TELESF. Á usted. Me encargó que pasase á buscarle á su casa; pero supuesto que le hallo aquí... (Sale Jacinta.)

MELCH. ¿Y sabe usted el objeto de esta llamada?

TELESF. Nunca pretendo indagar lo que no es de mi incumbencia.

MELCH. (Yéndose por la izquierda.) ¡Qué fueros ha tomado el mocito! ¡Yo le cortaré las alas! (Váase.)

ESCENA XII.

TELESFORO, JACINTA.

JAC. ¿Es posible que le hables de esa manera?

TELESF. ¿Y es posible que tú le defiendas? ¡Agradezca el bribon la palabra que he dado... pero tendria gusto en romperle la crisma!

JAC. ¿Y por qué? Ese hombre no es tan malo como me decias.

TELESF. ¡Es un malvado!

JAC. Te engañas de medio á medio. ¡Si tú supieras lo que yo debo á ese hombre!

TELESF. ¿Tú?

JAC. Yo... Le he descubierto y referido el lance de Dámaso...

TELESF. ¿Qué has hecho?

JAC. ¡Si ha prometido ampararme!

TELESF. ¿Qué te ha dicho?

JAC. Quiere llevarme á Madrid, y esconderme en casa de una conocida suya...

TELESF. ¿Eso te ha propuesto?

JAC. Sí; y hemos quedado en que iré á buscarle, despues que termine la fiesta, á la Cascada del Álamo, donde me espera con su caballo.

TELESF. (Desesperado.) ¿Y serías capaz?

JAC. ¿Y por qué no, cuando lo que se propone es hacer una obra de caridad!

TELESF. ¡Una obra de Satanás! ¡Te lo prohibo, Jacinta, te lo prohibo! (Pasea agitado.) ¡Esto me faltaba!...

JAC. Pero, ¿qué tienes?

TELESF. ¡Te lo prohibo!... y no digo más!

JAC. Explicate.

TELESF. ¿Sabes á lo que te expones, desde el momento que montes en el caballo?...

JAC. No temas nada; soy buena gineta, no es la primera vez que...

TELESF. (Sofocado.) ¡Te lo prohibo!... Y es el caso que tambien á don Aniceto se le ha antojado citarte á la misma hora en otro paraje análogo!

JAC. ¿Para qué?

TELESF. ¿Para qué? ¡Qué pregunta! ¡Para hacer penitencia!

JAC. ¿Te has vuelto loco?

TELESF. Quiero que empeñes tu palabra de que no concurrirás á la cita de ninguno de los dos. Si es verdadero el amor que dices que me tienes, dame esa palabra.

JAC. Es el caso, que cuando estaba pegando un boton al cuello de la camisola del alcalde, comencé á tantear el terreno, para hablarle de nuestro casamiento; quise darle parte de nuestras relaciones, y prometí explicarle... pero como llegaste al mismo tiempo con el señor Ruperto, no pude... ¡Si vieras con qué afabilidad me trató... y las cosas que me dijo...

TELESF. ¿Si?...

JAC. Me llamó boquita de merengue.

TELESF. ¿Qué más?

JAC. Me dijo tambien, que se hallaba en punto de caramelo.

TELESF. ¿Qué más?

JAC. Me cogió la mano.

TELESF. (Alzando la voz.) ¿Qué más?

JAC. Nada más.

TELESF. ¡Siento pasos! Ha de ser el señor Ruperto, á quien he

mandado llamar con urgencia. Es el único que puede remediar nuestro conflicto. Vete, y déjame solo con él.

JAC. Ya me voy. (Yéndose.) ¡Qué agitación tan extraña tiene esta noche mi Telesforo!

ESCENA XIII.

TELESFORO, RUPERTO.

TELESF. Debo tener fiebre... ¡Él es!

RUP. Acaba de decirme Eustaquio, que me llamaba usted con urgencia. ¿Qué ocurre?

TELESF. ¡Friolera! El alcalde ha vuelto á llamar á don Melchor y ha firmado la orden.

RUP. ¿Es posible? ¿Han hecho las paces?

TELESF. Por lo ménos, en la apariencia, porque sé que don Aniceto aborrece á don Melchor.

RUP. En eso no cabe duda. Pero no importa, esa paz es momentánea; tendrá muy poca duracion. ¿Qué más ocurre?

TELESF. Otra cosa... gorda... muy gorda.

RUP. Dígala usted pronto para que no nos atragante.

TELESF. Don Melchor, ese infame, ha citado á Jacinta esta noche en la Cascada del Alamo.

RUP. ¿Á ese paraje tan oscuro y solitario...

TELESF. Sí, señor. Y don Aniceto... don Aniceto... (Con dolor.) No tengo valor para decirlo.

RUP. Acabe usted. ¿Qué le pasa á Aniceto?

TELESF. ¡Está perdidamente enamorado de Jacinta!... ¡Y tambien la quiere seducir!

RUP. (Ap.) (Mejor lo sé yo que tú.) (Alto.) ¿De veras?

TELESF. ¡Y es el caso que me hace cómplice de su trama!

RUP. ¿Cómo es eso?

TELESF. Quiere que yo me ponga de acuerdo con ella, y que la participe de que cuando todos esten distraidos y engolfados en el baile, á una señal convenida, se escurra Jacinta sin que nadie lo note, y despues el alcalde...

RUP. Comprendo. ¿Y cuál es la señal de inteligencia?

- TELESF. El alcalde se quitará el sombrero y se atará un pañuelo á la cabeza diciendo que se ha resfriado, y mandará á Jacinta que le traiga la capa.
- RUP. Lo cual querrá decir: «sal, y espérame, que allá voy yo.»
- TELESF. Eso mismo. Yo nada de esto he querido decir á Jacinta, porque como no ha de acudir á ninguna de las citas. Yo, que todo lo que soy ahora lo debo al señor Aniceto ¿cómo le revelo, ni cómo me indispongo con él? Deme usted un consejo? ¿Qué debo hacer?
- RUP. Nada.
- TELESF. ¿Cómo nada?
- RUP. Don Casimiro Ortega vendrá esta noche á la fiesta. (Meditando.)
- TELESF. ¿Qué me importa que don Casimiro venga ó no venga?...
- RUP. Más de lo que á usted se le figura.
- TELESF. ¡Yo voy á romper por la calle de en medio; á tronar con mis rivales y...
- RUP. No haga usted disparates, y ponga en mí toda su confianza.
- TELESF. ¡Aquí viene don Melchor!
- RUP. Pues retírese usted y déjeme solo con él.

ESCENA XIV.

RUPERTO, MELCHOR.

(Sale Melchor por la izquierda y váse Telesforo por el mismo sitio. Mútuas miradas de enojo.)

- MELCH. ¿Acaso es usted el primero que acude á la fiesta? Sería mucha puntualidad.
- RUP. Nada de eso. Mucha gana de pasar un buen rato, porque sé que voy á divertirme mucho esta noche en la fiesta.
- MELCH. ¿De veras?
- RUP. Sin duda.
- MELCH. ¿Y podrá saberse quién va á ser el protagonista de la

funcion?

RUP. Hablaremos cuando se descorra la cortina.

MELCH. ¿Vamos á tener comedia?

RUP. No, señor, sainete.

MELH. Adivino...

RUP. No lo extraño, porque es usted hombre de mucha destreza y penetracion.

MELCH. Creo haber tenido la suficiente para destruir sus planes. Ya he sabido, que ia buscado usted confidentes para que se convidase á esta fiesta á don Casimiro.

RUP. Me equivoqué... confieso mi torpeza; yo debí dirigirme á otra persona para que tuviese más eficacia el convite.

MELCH. ¿Á quién?

RUP. Á usted.

MELCH. ¿Á mí?

RUP. Á usted, que como secretario del municipio y amigo particular y privado del señor Aniceto, debe hacer esta clase de convites. (Dirigiéndose á una mesa.) Aquí hay tintiro y papel. Sírvasse usted convidar á don Casimiro Ortega...

MELCH. (Riéndose.) Creo que ha perdido usted los estribos.

RUP. No, señor; voy en la moutura con todo aplomo y seguridad. Este es un favor que pido á usted en cambio de otro de mayor entidad.

MELCH. ¿Un favor?...

RUP. Quiero dar á usted un aviso interesante.

MELCH. ¿Que sin duda me agradará?

RUP. No, señor. Por eso se lo doy.

MELCH. ¡Es usted muy galante!

RUP. Favor que me dispensa. Vamos al asunto.

MELCH. Sepamos.

RUP. (Con misterio.) Pues sepa usted, para su gobierno, que tiene usted un rival en amores.

MELCH. ¿Qué dice usted?

RUP. Que hay en el pueblo un hombre que ama tambien á Jacinta. Tengo pruebas, y sé la hora, el momento, y la señal de una cita.

- MELCH. (Turbado.) Usted me engaña. Eso que usted me dice es una estrategia para hacerme caer en alguna emboscada.
- RUP. No, señor; es tan verdad lo que le digo, como verdad es tambien que usted la ha citado á la Cascada del Álamo.
- MELCH. ¿Yo?...
- RUP. ¿Me lo va usted á negar?
- MELCH. (Con interés.) Prosiga usted.
- RUP. Hay empeño deliberado en disputarle á usted la muchacha, y aquí es necesario impedir...
- MELCH. (Iracundo.) ¡Dígame usted lo que sepa... la señal de la cita!
- RUP. (Cogiendo la pluma y presentándola á Melchor.) Cuando haya usted convidado á don Casimiro.
- MELCH. (Ap.) Hay tiempo. Mañana le echaré del pueblo.
- RUP. ¿Vacila usted?
- MELCH. (Coge la pluma, se dirige á la mesa y escribe.) No, señor.
- RUP. No sabe usted lo que me regocija verle tan político y razonable. (Se dirige al foro.) ¡Eustaquio! (Sale Eustaquio.) El papel que escribe ahora don Melchor se lo das á ese forastero...
- EUST. Comprendo; al candilato.
- RUP. Es verdad. Le hallarás en los grupos que están á la puerta de la botica.
- EUST. Es el caso, que don Melchor me ha encargado que sea yo el que reciba á los convidados, y los anuncie al estilo de Madrid, conforme vayan colando.
- RUP. La botica está cerca.
- MELCH. (Entregando el papel.) Tome usted. (Pasea agitado.)
- RUP. (Repasándole.) Conforme. (Lo cierra.) Le verá usted aquí dentro de un momento. (Á Eustaquio.) ¡Toma, y vuela! (Váse Eustaquio presuroso.)
- MELCH. Ahora bien, ¿esa persona?...
- RUP. Vendrá á la fiesta del alcalde.
- MELCH. ¿Cómo se llama?
- RUP. Lo ignoro; pero lo sabremos.

- MELCH. ¿Y cuál es la señal convenida?
RUP. Esa persona se quitará el sombrero; se pondrá un pañuelo en la cabeza, y dirá en voz alta que se ha resfriado, y mandará que le traigan una capa. Jacinta saldrá entónces...
MELCH. ¡No saldrá! ¡Soy capaz de!...
RUP. Sea usted capaz de mucho, don Melchor, no se ande usted con paños calientes...
MELCH. ¡Yo le aseguro!...
RUP. ¡Prudencia ahora, que viene el alcalde!

ESCENA XV.

DICHOS, ANICETO, TELESFORO, JACINTA, luego CASIMIRO, convidados.

Aniceto se sienta á un extremo, junto al brasero; Jacinta se ocupa en arreglar las sillas y encender luces, y Telesforo detrás de Aniceto. Los convidados, que anunciará Eustaquio, saldrán vestidos en armonía con su carácter y profesion, pero un tanto ridículos.

- ANIC. ¿Llegó la hora?
MELCH. Se me figura que sí.
ANIC. ¿Se avisó á los músicos?
MELCH. Todos están avisados; descuide usted, que nada faltará.
ANIC. En el corredor de afuera están el vino y los mantecados.
JAC. Y los tres quesos de bola que ha mandado usted poner.
ANIC. Es verdad. Y pan partido á rebanás. (Moviendo el brasero con la badila.) ¿Y quién va á cantar?
JAC. Le advierto á usted, señor Aniceto, que Telesforo canta muy bien las malagueñas.
ANIC. ¿De veras?
TELESF. No haga usted caso.
ANIC. (Á Telesforo.) Pues ha de saber usted que me gustan mucho las malagueñas... y las cantará usted.
EUST. (Desde el foro.) ¡El estanquero y su mujer!

- MELCH. (Ap.) ¡Qué bárbaro!
- ANIC. ¡Adelante! (Entran vestidos entre su merced y señoría, pero ridículos y cogidos del brazo Saludan á Aniceto y se sientan.)
- MELCH. (Bajo á Eustaquio.) Anuncia á los que vengan por sus nombres y no por su profesion.
- EUST. El que no sabe, es como el que no ve. Como esto no ha sucedido nunca en el pueblo.
- ANIC. ¡Don Melchor!
- MELCH. ¿Señor alcalde?
- ANIC. ¿Ha convidado usted al tío Pilatos?
- MELCH. Sí, señor.
- ANIC. Me alegro; con eso nos dirá la relacion del borracho.
- JAC. Y remedará el rebuzno del pollino.
- ANIC. Es verdad, que el tío Pilatos rebuzna con muchísima propiedad.
- RUP. En el pueblo hay muchos que hacen lo mismo.
- EUST. (Anunciando) ¡Blas el herrador y la tia Pilonga! (Risad.)
- RUP. (Á Melchor.) Se luce su introductor de embajadores.
- MELCH. Es un animal. (Entra la pareja en traje de lugareño, saluda y se sienta.)
- ANIC. (Á Telesforo.) Me ha dicho don Melchor que esto es estilo de Madrid.
- TELESF. Podrá ser.
- MELCH. (Bajo á Aniceto.) (Para evitar murmuraciones, y hacer las cosas con más diplomacia, he convidado á don Casimiro.
- ANIC. Ha hecho usted muy bien.)
- EUST. (Desde el foro.) ¡Don Amadeo el boticario, y su mujer Alzapilili!
- MELCH. (Á Eustaquio.) No anuncies más. (Salen los anunciados en traje de ridícula etiqueta.)
- EUST. Me alegro. (Movimiento y murmullos. Van entrando convidados de ambos sexos; varios mozos con guitarras; un ciego con violin, conducido por un lazarillo, y todos van tomando asiento.)
- ANIC. Mi alguacil se ha convertido en pregonero. ¡Hola! Allí veo al tío Pablo el ciego. Que le sienten á mi lado, que me gusta la música de cerca. (Sientan al ciego al lado de

- Aniceto.) Ya se va animando el sarao.
- RUP. Recorramos los grupos, y preparemos el golpe de gracia. (Habla á unos y á otros con animacion.)
- EUST. (Anunciando.) ¡El candilato! (Se aumenta el rumor, y todos se fijan en Casimiro, que entra saludando á todos con mucha cortesía; luego se dirige á Aniceto y le da la mano.)
- RUP. (Á Aniceto.) Tengo el gusto de darte á conocer á don Casimiro Ortega, abogado, periodista, autor de muchos folletos políticos.
- ANIC. Me alegro conocer á usted. Siéntese usted aquí, á mi lado, y dése un calentón. (Se sienta, y Aniceto mueve el brasero.)
- MELCH. (Bajo á Aniceto.) (Méenos cumplidos, que el pueblo observa.)
- ANIC. Hombre, ¿quiere usted dejarme en paz?
- CASIM. (Bajo á Ruperto.) Veo que la cosa marcha en buen sentido.
- RUP. Se me figura que sí.
- ANIC. (Á D. Casimiro.) ¿Tiene usted alguna habilidad?
- CASIM. ¿Habilidad?
- ANIC. Por fuerza ha de saber usted cantar ó hacer algun pasillo de comedia, de esos que hace el chico de nuestro sacristan.
- CASIM. Soy nulo en la materia.
- ANIC. Eso lo dice usted porque tiene cortedad; luego que eche usted un trago, y tome un bocado, bailará usted unas manchegas con la muchacha que más le guste del cotarro.—Tío Pablo; vaya usted preparando el violin, y vosotros las guitarras. (Se preparan los instrumentos.)
- RUP. (Á Melchor.) No puede usted figurarse lo que le agradezco, que haya usted convidado á mi amigo el forastero.
- MELCH. No cante usted victoria.
- RUP. Es hombre de talento, y no desperdiciará su tiempo. Simpatizará con el alcalde...
- MELCH. ¿Y qué? Ahora verá usted con qué facilidad los separo.
- RUP. (Deteniéndole.) En lugar de interrumpirlos, será mejor

que observe, porque creo que se acerca el momento... de la explosion.

MELCH. Sí... ya los he mirado á todos, y no he podido adivinar quien sea ese rival...

ANIC. ¿Empieza ó no la funcion? Que salgan las parejas que han de bailar, para que suenen los instrumentos. (Se levantan cuatro parejas de lugareños, y se ponen en actitud de baile. Los músicos templan los instrumentos.) Quiero que se principie por unas manchegas.—(Tocan los instrumentos y bailan. Al terminar el estribillo, dice Aniceto.) ¡Cáscaras!... Siento venir por la espalda un airecillo colado... (Se quita el sombrero y se ata un pañuelo á la cabeza.)

RUP. (Á Melchor.) ¡Ojo alerta, camarada!

MELCH. (Turbado.) Ya estoy mirando...)

ANIC. ¡Jacinta!

JAC. ¿Señor?

ANIC. Creo que me he resfriado. Tráeme la capa.

JAC. ¡Voy por ella!

MELCH. (Se interpone y dice con acento solemne.) ¡No lo consentiré!

ANIC. (De pie.) ¡Cómo!... (Silencio general y atencion extrema.)

MELCH. ¡Repito que no lo consentiré! (Todos se levantan y se acercan al proscenio.)

ANIC. ¿Qué le ha dado á este hombre?

RUP. Pero señor don Melchor... ¿De esa manera falta usted á las consideraciones que debe al jefe de la municipalidad?

ANIC. ¿De esa manera falta usted á las consideraciones que debe al jefe de la municipalidad? (Alzando la voz.) ¡Jacinta, tráeme la capa!

MELCH. ¡Le digo á usted que Jacinta no va por la capa!

ANIC. ¡Irá por la capa!

RUP. ¿Y por qué no ha de ir por la capa?

MELCH. Porque yo no quiero que vaya por la capa.

RUP. Si yo me encontrase ahora en el lugar del alcalde, dejaba usted en este momento de ser secretario.

ANIC. ¡Desde este momento deja usted de ser secretario!

MELCH. ¡Queda hecha la dimision!

- RUP. (Con prontitud.) ¡Aceptada!
- ANIC. ¡Aceptada!
- RUP. (Bajo á Melchor.) Ahora es preciso que usted se retire.
- MELCH. (Bajo á Ruperto.) ¡Se verificaria la cita!
- RUP. ¿Qué importa?
- MELCH. Jamás!) (Alto.) Señores: habrán ustedes extrañado mi oposicion á que Jacinta salga de este recinto... voy á explicarme... voy á dar mi razon.
- RUP. (Ap.) (¿Por dónde saldrá este pícaro?)
- MELCH. ¿No se buscaba con empeño á la persona que habia arrojado al estanque á Dámaso?
- RUP. (Ap.) ¡Cáscaras!
- JAC. ¡Dios mio!
- MELCH. (Señalando á Jacinta.) ¡Ella se ha delatado!
- ANIC. ¿Será verdad?
- TELESF. (Con dolor.) Sí, señor.
- MELCH. (Á Ruperto.) Tiene usted la órden de prenderla; cumpla usted con su deber.
- RUP. (Ap.) ¡Villano!
- MELCH. (Yéndose á Ruperto.) ¡No se efectuará la cita! ¡La victoria es mia!
- RUP. ¡Miserable raposa, ya lo veremos!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion del anterior. La puerta del foro entornada y una luz en la cómoda, alumbrando la urna.

ESCENA PRIMERA.

RUPERTO.

Despues de levantado el telon se oyen diez campanadas de un reloj de torre. Ábrese con cuidado la puerta del foro, asoma la cabeza Ruperto, y despues de haber inspeccionado la habitacion, penetra en ella cautelosamente.

Nadie. Esta es la hora convenida. Aquí me dijo Telesforo, que acudiera sin falta y que esperase si no le encontraba; por eso dejó sin duda la puerta entornada. ¿Si será Aniceto ó Telesforo el que me quiere hablar? El alcalde y el secretario están furiosos, ha estallado por fin la explosion que yo tenia preparada. Y no podia ser de otra manera. ¡Sí, los dos se odiaban de muerte y sólo esperaban una ocasion propicia para decírselo de una manera terminante! ¡Estoy satisfecho! ¡Reventó la mina!... El secretario se fué con la música á otra parte y los electores ministeriales están dados al diablo, porque no tienen ya el apoyo ni el asentimiento del alcalde. Ahora seré yo el que dirija la tramoya... Ya sabia yo

que el supuesto resfriado del alcalde surtiría el efecto deseado.

ESCENA II.

RUPERTO, TELESFORO.

TELESF. (Saliendo por la izquierda.) ¿Es usted?

RUP. Puntual, conforme me encargó. Al sonar la última campanada de las diez, empujé la puerta y entré.

TELESF. Me alegro...

RUP. ¿Supongo que esta cita habrá sido para anunciarme que la victoria es nuestra?

TELESF. Al contrario. Ahora está más distante que nunca.

RUP. ¡Canastas! Explíquese usted.

TELESF. Nos hallábamos solos el alcalde y yo, y hablábamos de la pobre Jacinta... que entre paréntesis, no correrá peligro alguno...

RUP. Como pariente del muerto, me la entregaron, y está presa bajo mi responsabilidad.

TELESF. ¿En la cárcel?

RUP. No, en el mejor aposento de mi casa, y al lado de mi mujer.

TELESF. Pero luego?...

RUP. Quedará completamente libre si vencemos.

TELESF. ¡Pues es necesario vencer!

RUP. Eso mismo digo yo... pero adelante con la relación.

TELESF. Pues ha de saber usted que han venido á ver al alcalde el cura y el juez.

RUP. Amigos íntimos de don Melchor. Á entrambos los tiene embaucados; al uno con su falsa devoción y al otro con su retórica. ¿Vendrían enviados por él?

TELESF. No lo sé; pero dijeron al alcalde que la dimisión de don Melchor iba á producir muy mal efecto en el pueblo y en Madrid. Que el gobernador de la provincia se enojaría... que estaba próxima la contribución...

RUP. ¿Y qué respondía el habieca de Aniceto?

TELESF. Se manifestaba irresoluto; contestaba cortado; me mi-

raba, yo le hacia señas negativas con la cabeza...

RUP. ¿Qué sucedió al fin?

TELESF. El cura llamó aparte al señor Aniceto y le habló por lo bajo...

RUP. ¿Y usted no pudo percibir?...

TELESF. Sólo escuché el nombre de Jacinta. El alcalde, que hasta entónces se habia manifestado indeciso, dijo con aspecto de bondad: «Se acabó; pelillos á la mar; que venga y le daré la mano de amigo.»

RUP. Eso quiere decir, que don Melchor va á volver aquí.

TELESF. Lo único que entónces se me ocurrió, fué escribirle y mandarle la carta con Eustaquio para poder contarle la ocurrencia y lo concertado...

RUP. ¿Lo concertado? ¿Con quién?

TELESF. Lo concertado entre el alcalde y las dos visitas. Convinieron en que don Melchor vendria esta misma noche á entregar á don Aniceto la llave de la puerta de la tienda, (Señalando á la derecha.) puesto que la tiene en su poder. El alcalde se negará á tomarla; don Melchor entónces le alargará la mano, y don Aniceto se la apretará; y don Casimiro será echado del pueblo inmediatamente.

RUP. ¡Hombre sin carácter! ¡Todo esto sucede cuando pensábamos tener asegurada la victoria!

TELESF. ¡Será preciso renunciar!...

RUP. ¿Renunciar?... ¿Dejarme yo vencer por ese hipócrita? ¿Por esa raposa de mala especie? Consiento en que primero me ahorquen. ¿Cuándo ha de ser esa entrevista?

TELESF. Dentro de un cuarto de hora.

RUP. Es preciso que yo hable con Aniceto.

TELESF. Cuando vine aquí le dejé hablando con el cura y el juez; pero como oí las diez...

RUP. Pues es preciso hablarle.

TELESF. ¡Él llega!

RUP. ¡Póngase usted en acecho por si viene don Melchor, y avíseme.

TELESF. ¡Voy! ¡Tenga Dios piedad de la pobre Jacinta! (Váse por el foro.)

ESCENA III.

RUPERTO, ANICETO.

- ANIC. (Sin ver á Ruperto.) Veré si están cerrados los cajones de la cómoda, puesto que mi jóven ama de llaves... ¡Pobre muchacha! (Se dirige á la cómoda y ve á Ruperto.) ¿Qué haces aquí á estas horas?
- RUP. Vine á buscarte.
- ANIC. ¿Para qué?
- RUP. Ya he sabido tu nueva generosidad.
- ANIC. ¿Otra te pego? No empecemos, Ruperto, y déjame el alma quieta.
- RUP. ¡Qué pronto has olvidado el escándalo de esta noche!
- ANIC. ¿Se te figura que lo he olvidado?... ¡Te engañas!... pero yo quisiera verte en mi lugar; si supieras quiénes han sido las personas que me han acosado!...
- RUP. Lo supongo... sus paniaguados.
- ANIC. ¿Cómo sus paniaguados?
- RUP. Es lo cierto, que os habeis reconciliado ¿no es verdad? y que volveis á estar juntitos en amor y compañía... ¡Buen provecho!
- ANIC. He tenido que hacer de tripas corazón.
- RUP. Lo supongo.
- ANIC. Por otra parte, me han dicho el cura y el juez ciertas cosas que me han hecho comprender que don Melchor no es tan malo como tú has querido pintármele.
- RUP. ¡Me vas á hacer perder la paciencia! mira que si reviento!...
- ANIC. No es mi ánimo defenderlo; pero le tratan sus enemigos con demasiada injusticia; y tú el primero y el más apasionado.
- RUP. ¿Es posible?...
- ANIC. Y tan posible. ¿Te acuerdas lo que me dijiste respecto á Jacinta?
- RUP. Sí... ¿y qué?

- ANIC. ¡Pura invencion! ¡Calumnia!
- RUP. ¿Calumnia?
- ANIC. ¡Manifiesta!
- RUP. (Reprimiéndose.) ¿Conque calumnia manifiesta?
- ANIC. ¡Jamás ha pensado en ella! Y si no... ven acá, pedazo de zoquete... Si ese hombre amase á Jacinta, ¿la hubiera acusado y mandado prender en presencia de todos? Eso salta á la vista; eso lo conoce un topo.
- RUP. (Sonriendo burlonamente.) Eso es lo que tú eres... un topo.
- ANIC. ¿Qué dices?
- RUP. Que estás tocando el violon.
- ANIC. ¿Yo estoy tocando el violon?
- RUP. Sí, ¡tú! (Señalándole á la frente.) La tienes vacía... Eres una calabaza.
- ANIC. ¡Ruperto!
- RUP. No te enfades, y escucha. ¿Y si ese pícaro se hubiese dejado llevar de un arrebato de celos, de lo cual está en este momento arrepentido?
- ANIC. (Con interés.) ¡Qué!... ¡cómo!... Expílicate.
- RUP. Don Melchor habia sospechado que Jacinta tenia esta noche una cita misteriosa con otro hombre.
- ANIC. ¿Con quién?
- RUP. (Riendo.) ¿Con quién?... Tú no lo sabes?
- ANIC. (Cortado.) ¿Yo?... no.
- RUP. Si tienes empeño en saberlo, déjame salir un momento, que estoy seguro de averiguarlo muy pronto.
- ANIC. (Sujetándole.) ¡Detente; no es necesario!
- RUP. En fin, poco importa; pero lo que sí es cierto, es que esta misma noche, y á la misma hora, don Melchor tenia otra cita con Jacinta en la Cascada del Álamo.
- ANIC. ¿Otra cita?
- RUP. Como lo estoy diciendo.
- ANIC. ¡Estaban de acuerdo!
- RUP. Ahora, reflexiona cuál será en este instante su desesperacion por haber tenido que renunciar en un arranque de despecho al empleo de secretario; renuncia que le priva de todo influjo para defender á la muchacha.

que es hoy mi prisionera. No puede ya venir á tu casa y verla á todas horas sin testigos. Por eso muestra tanto interés en gestionar la conciliacion que ha solicitado, porque en volviendo á tu casa...

ANIC. (Desesperado.) ¡Es que no volverá!

RUP. ¿No?

ANIC. Te lo juro por las barbas de mi padre.

ESCENA IV.

DICHOS, TELESFORO.

TELESF. (Que sale apresurado.) ¡Señor Ruperto!

ANIC. ¿Qué es eso?

TELESF. Nada, que he visto venir hácia aquí á don Melchor.

ANIC. ¿Don Melchor? ¡Le prohibo terminantemente que ponga los piés en mi casa! Si el cura y el juez se enojan, me importa poco. Yo puedo dispensar las faltas que se cometen contra mi persona; pero no las que se cometen contra la municipalidad, contra el pueblo...

RUP. El señor alcalde habla con sobradísima razon.

ANIC. ¡Pues ya se ve que me sobra la razon! Ese hombre me ha correspondido villanamente. ¡Bien me decia mi difunta: «Cria cüervos y te sacarán los ojos.»

RUP. Qué talento tenia tu difunta!

ANIC. ¡Era una mujer de mucha chispa!

RUP. Ya se conoce.

ANIC. Conque no se detenga usted; dígale usted que no entre aquí, porque le daré con la puerta en los hocicos. Ya ha dejado de ser mi secretario, y mi socio... Dígale usted que me remita su dimision y la llave de la tienda, que tiene en su poder.

TELESF. ¿Será posible, que?...

RUP. ¡Cumpla usted inmediatamente las órdenes que le da su alcalde!

TELESF. ¡Volando! (Ap.) (¡Este labriego es el diablo!)

ESCENA V.

RUPERTO, ANICETO.

RUP. ¡Ven, compañero, y apreta esos cinco. (Se dan las manos.)
¡Así te quiero ver!

ANIC. (Con aire satisfecho.) Se habían figurado que yo era un
papanatas, un Juan de las Viñas! ¡Pues se han engaña-
do, que cuando á mí se me encrespa el pelo!—Ó como
decía mi difunta: ¡¡¡Cuando á mi Aniceto se le atufan
las narices!

RUP. Tu mujer te conocía.

ANIC. ¡Era mujer de mucha chispa!

RUP. Se conoce.

ANIC. De mí nadie abusa, canario!

RUP. ¡Eso sería una infamia!

ANIC. ¿Presumen que he de estar hecho un zarandillo; este
me toma, el otro me suelta, aquel me agarra?...

RUP. Eso mismo digo yo. Nada chico, nada; manda y con
energía, que aquí estamos todos para obedecerte. Dis-
pon de mí para...

ANIC. Desde ahora voy á depositar en tí toda mi confianza.
Dime, ¿qué es de Jacinta?

RUP. Continúa presa en mi casa. Luego nos ocuparemos de
esa muchacha. Primero hablaremos de las elecciones y
de la destitucion del secretario. ¡No le admitas la dimi-
sion! Destitúyelo, y fórmale causa por lo del empedrado
y...

ANIC. Sí, tambien quiero que el Juez le forme causa á Jacinta.

RUP. (Ap.) ¡Carambola!

ANIC. Te ha privado de un pariente, á quien tú querias mu-
cho... Y sobre todo, quiero desesperar á don Melchor
que ha de ponerse furioso.

RUP. (Con prontitud.) ¡Al contrario, se alegrará.—¡Si están
vuelos de espaldas!

ANIC. ¿Cómo vuelos de espaldas? ¿Pues no me decias?...

RUP. (Con misterio.) Don Melchor ha sabido que la chica no le

corresponde; que nunca le ha correspondido... y que está enamorada del otro.

ANIC. ¿De otro?

RUP. Sí, de otro.

ANIC. ¿Estás tú seguro de eso?

RUP. Segurísimo.

ANIC. Quién te lo ha dicho?

RUP. Ella misma... Sí, me lo ha confesado... Es un amor reservado; quiere á un hombre que vive en esta casa; le quiere secretamente, y como él no se ha declarado, á pesar de sus indirectas y de sus indicaciones, á la pobrecilla la ha costado rubor... Yo no he podido saber más.

ANIC. (Respirando.) ¡Ya, eso es otra cosa!

RUP. ¡Cómo!

ANIC. Nada... he querido decir... ¡qué cosa tan particular! Mira, Ruperto... tenemos que hablar despacio sobre este asunto.

RUP. Corriente.

ANIC. Tengo que hacerte una confianza.

RUP. Cuando gustes. Esta noche misma te mandaré para que la firmes una circular impresa que enviaré á ciertos electores, y la destitucion del secretario, para que tambien la firmes.

ANIC. Bueno.

RUP. Hablarás luego con don Casimiro.

ANIC. No hay reparo.—Óyeme una cosa.

RUP. ¿Qué quieres?

ANIC. Aun cuando no sea más que para conocer las intenciones de don Melchor, ¿no te parece que seria oportuno interrogar á Jacinta?

RUP. ¡Ya se ve que sí! Con tal que se haga de una manera secreta, y sin que nadie pueda notar.

ANIC. Desde luego... ¿Qué necesidad hay de enterar á nadie?...

RUP. Soy responsable y es de mi deber no permitir que se comuniquen con nadie... Pero esta misma noche cuando

no circule nadie por las calles del pueblo y no corra peligro de ser vista...

ANIC. ¡Hombre, es verdad! ¡Muy buena idea!... ¡Eres hombre de chispa!

RUP. Doy libertad á la presa, y la interrogamos.

ANIC. Ó la interrogo yo.

RUP. Ó la interrogas tú; no hay reparo, porque yo no podré hacerlo.

ANIC. Sí, yo solo; ella tendrá ménos vergüenza en decirme... ¿No te parece que tengo razon? (En este momento Don Melchor entreabre la puerta de la derecha y asoma la cabeza.)

MELCH. ¡Aquí está Aniceto! (Cierra precipitadamente.)

ANIC. (Oyendo el ruido de la puerta) ¡Silencio!

RUP. ¿Qué ha sido?

ANIC. Se me habia figurado oír el ruido de una puerta por ese lado... No es nada.

RUP. El viento.

ANIC. ¿Conque dices que esta noche?...

RUP. Jacinta estará aquí dentro de poco tiempo.

ANIC. Confio en tu palabra.

RUP. No faltará. (Váse por el foro.)

ESCENA VI.

ANICETO, luego TELESFORO.

ANIC. (Frotándose las manos y dando paseos.) ¡Sobre que yo me lo habia figurado! ¡Esa chica estaba enamorada de mí y le daba vergüenza declararse!... ¡y tenia mucha razon! ¡Si yo soy un gagnápiro! Mi difunta tenia razon cuando decia... Yo he debido declararme... ¡Aquí viene Telesforo!—¿Y don Melchor?

TELESF. ¡Si usted supiese lo que pasa!

ANIC. (Abrazándole.) ¡Venga usted aquí, Telesforo, que estoy de enhorabuena! Pero ¿qué le sucede á usted que viene tan agitado? ¿Qué ha dicho don Melchor?

TELESF. ¡Está rabioso! ¡Hecho un tigre!

ANIC. ¡Me alegro! ¡Que muerda cebolla! Comprendo su de-

sesperacion, porque la órden que le he mandado con usted, debe haberle significado quién es la persona que ha de reemplazarle.

TELESF. ¿Qué está usted diciendo?

ANIC. La pura verdad... Usted será mi secretario, mi socio, mi confidente, mi amigo íntimo... Y eso ha de ser, porque yo lo mando, porque á mí nadie me sopetea... Pero prosiga usted... ¿Estaba furioso, ¿no es verdad?

TELESF. Sí, señor. Hablaba con el cura, y decia: «¡Soy capaz de quedarme tuerto por ver á otro ciego!»

ANIC. ¿Eso decia?

TELESF. Y añadió: «Acabo de saber una cosa, de la cual he de aprovecharme para encausar al alcalde.»

ANIC. ¿Qué será?

TELESF. Lo ignoro.

ANIC. De nada me acusa la conciencia. Yo siempre he jugado limpio... ¿Se referirá á la proyectada entrevista?

TELESF. Pero si no se verificó. (Ap.) (De lo que me alegro.) (Alto.) Y ahora que está presa, es imposible...

ANIC. Se equivoca usted. (Sonriendo.)

TELESF. (Asustado.) ¿Eh?... ¿Cómo?

ANIC. (Bajo.) ¡La estoy esperando!

TELESF. ¿De veras?

ANIC. ¡Me amaba!... ¡Y yo era correspondido!... ¡Ella no se atrevía!... y yo... he sido un borrico.

TELESF. ¿Un borrico?

ANIC. Sí; pero esta noche voy á ser un sabio.

TELESF. (Ap.) (¡Dios mio!)

ANIC. Como ya sé que soy correspondido, no me andaré por las ramas, sino que me iré derecho, derechito...

TELESF. ¿Adónde, hombre?

ANIC. ¡Al negocio!

TELESF. ¡Zapatilla!

ANIC. ¡Qué tiene usted!

TELESF. Tengo miedo de que...

ANIC. No lo tenga usted. Se ha concertado el asunto de modo que no hay miedo de una sorpresa...

TELESF. ¿Sí?

ANIC. Cuando la vea entrar, usted se escurre con disimulo y me deja sólo con ella.

TELESF. (Ap.) (Eso faltaba.) (Alto.) Es que...

ANIC. ¡Hombre, no sea usted niño!

TELESF. ¿Y si lo sabe don Melchor? ¿Y si son ustedes sorprendidos? Jacinta está bajo la vigilancia del señor Ruperto, y por lo tanto se expone... ¡Vamos, eso no puede ser!

ANIC. Mire usted si ha podido ser. Aquí la tiene usted.

TELESF. (Ap.) (¿Qué hago, Dios mio?)

ANIC. (Bajo á Telesforo.) ¡Váyase usted!

TELESF. (Bajo.) (No... puedo...)

ESCENA VII.

DICHOS, JACINTA, que aparece por el foro con unos papeles en la mano.

ANIC. Pues, cierre usted todas las puertas.

TELESF. Le obedezco. (Cierra todas las puertas y se coloca detrás de Aniceto dando frente á Jacinta.)

JAC. El señor Ruperto, que me ha venido acompañando hasta la puerta, me ha dicho que entregara á usted estos papeles, que eran de mucha urgencia.

ANIC. (Tomando los papeles y poniéndolos sobre la mesa.) Está muy bien.

JAC. Tambien me ha encargado que se los devuelva, despues que los haya usted firmado.

ANIC. (Aturdido.) Es verdad... Ya lo habia olvidado. (Mirándolos) ¡Pues apenas hay aquí impresos que firmar! (Bajo á Telesforo.) (Prepárela usted mientras yo firmo estos papeles.

TELESF. (Bajo á Aniceto.) Descuide usted.)

ANIC. Voy á firmar. (Se sienta y firma sin leer. Mien tras tanto Jacinta y Telesforo se hablan por lo bajo.)

TELESF. (Tengo que hablarte, Jacinta.

JAC. ¿Qué tienes? Te veo agitado...

TELESF. Mira, Jacinta. Debo mucho al señor alcalde; voy á ser secretario y su socio...

JAC. ¿Qué dices?

TELESF. La verdad... pero estoy tentado por hacer renuncia de todo.

JAC. ¿Y por qué, chico?

TELESF. Porque el alcalde te ama, y si le revelo que soy yo tu amante lo voy á perder todo.

JAC. ¡No tengas cuidado!

TELESF. ¡Mira que puede vengarse; que estás presa!

JAC. Dios mirará por nosotros. Yo soy tuya y nada más que tuya.

TELESF. ¿Lo juras?

JAC. ¡Por la salvacion de mi madre!

ANIC. (De pie.) Ya está todo firmado. (Bajo á Telesforo.) (¿La preparó usted?)

TELESF. Sí, señor.

ANIC. ¿Se manifiesta blanda?

TELESF. Como la cera.

ANIC. Veré si puedo derretirla. Ven acá, Jacinta; aproxímate más.

JAC. Aquí estoy. (Acercándose con reselo.)

ANIC. ¿Conque estás presa?

JAC. Sí, señor.

ANIC. Y Ruperto dispondrá que te formen causa.

JAC. ¡Quiá! Me ha dicho que no tema nada, porque él sabe ya cómo sucedió la desgracia.

ANIC. Y sobre todo no ha de faltar quien te proteja... Yo, el primero... y don Melchor... Me han asegurado que don Melchor te amaba... y que tú le correspondias.

JAC. ¿Yo?... ¡Dios me libre!

ANIC. ¿Para qué lo niegas?

JAC. ¿De dónde ha presumido usted ni nadie, que yo habia de querer á un hombre casado, y que ademas no me gusta? Yo, señor Aniceto, amo á otro hombre. (Mirando á Telesforo, que está detrás de Aniceto.)

ANIC. (Ap.) (¡Ya se explica la muchacha! ¡Qué gusto!) (Alto.) ¿Y es de tu agrado ese hombre á quien amas?

JAC. (Con gazmoñería.) ¡Qué preguntas tiene usted! Pues ya se

ve que es de mi agrado.

ANIC. ¿Y hace mucho tiempo que le quieres?

JAC. ¡Mucho! Y estoy segura que el pícaro no ha conocido todo el cariño que le tengo.

ANIC. (Ap.) ¡Está perdida!... ¡perdida! ¡qué gusto! (Alto.)
¿Conque tú presumes que él no ha conocido?...

JAC. No, señor, no lo ha conocido.

ANIC. Pues has de saber... (Bajo á Telesforo.) ¡Váyase usted, que me estorba!

TELESF. Pero...

ANIC. (Bajo) ¡Hombre, no sea usted majadero! (Llaman á la puerta del foro.)

TELESF. ¡Han llamado!

ANIC. ¡Y en qué momento!

TELESF. ¡Siento ruido fuera! (Mirando por la cerradura.) ¡Diviso mucha gente!... Es una especie de tumulto!

ANIC. ¿Y esta muchacha?

TELESF. ¡Será perdida si la ven aquí!

JAC. ¡Me esconderé en la tienda!

TELESF. ¡No hay otro remedio! (Abre la puerta de la derecha y entra por ella Jacinta y se encierra.) Ya está encerrada. (Vuelven á llamar.)

ANIC. Pues abra usted.

TELESF. ¡Mucha serenidad! (Abriendo.)

ANIC. ¡La tendré!

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, RUPERTO, MELCHOR, EUSTAQUIO, ELECTORES.

ANIC. ¿Qué invasion es esta, caballeros? ¿Qué busca en mi casa don Melchor?

MELCH. (Desde el foro.) Que se tomen todas las salidas! (Viene al proscenio.) No se altere usted, señor alcalde. El pueblo está alarmado y no sin fundamento.

ANIC. ¿Alarmado?

MELCH. Sí, señor. Se dice que la presa, confiada á la custodia del señor Ruperto, está en esta casa, y es necesario sa-

ber si esto es verdad, procediendo á un registro...

ANIC. ¡Cómo registro!

RUP. ¿Quién podrá atreverse á allanar el recinto de la primera autoridad del municipio? ¿Dónde están entónces las garantías constitucionales?

ANIC. ¿Dónde están entónces las garantías constitucionales?

RUP. ¿Y los derechos del hombre?

ANIC. Eso mismo iba yo á decir.

MELCH. Cuando existen sospechas de que esta evasion es aconsejada por un plan de seduccion contra una huérfana, y cuando se puede probar de que el seductor es el mismo alcalde, que hace poco decia...

TELESF. ¡Usted miente!

MELCH. ¿Yo miento? ¡Use usted de otro lenguaje! .

TELESF. Cuando se falta á la verdad, no se puede decir de otra manera. Aquí está esa jóven; yo mismo la he traído. Yo soy el que la ha introducido aquí esta noche sin conocimiento del señor alcalde. (Abre la puerta de la derecha y saca de la mano á Jaciuta.)

ANIC. (Ap.) (¿Por dónde va á salir este muchacho?)

MELCH. ¿Y se atreve usted á sostener?...

TELESF. ¡Sí, señor; me atrevo!

ANIC. (Bajo á Ruperto.) ¡Sácanos de este atolladero, tú, que eres hombre de chispa!

RUP. Voy.) (Ocupa el centro.) Quiero hablar...

MELCH. ¡No lo permito!

RUP. ¿Y quién es usted para no permitirme usar de mi derecho? Yo tambien aparezco aquí acusado, puesto que Jacinta estaba bajo mi custodia, y estoy tan interesado como ella en mi justa defensa.

ANIC. Yo te doy licencia para que hables.

MELCH. Debe usted decirnos, señor Ruperto, cómo una presa, confiada á su custodia, se halla libre en este momento y con qué motivo.

RUP. Con un motivo al que todós ustedes hubieran cedido como yo. Jacinta me pidió llorando que le permitiera salir con Telesforo para despedirse del señor alcalde, y

manifestarle que ese jóven era su amante.

MELCH. y ANIC. ¡Cómo!

ANIC. Quiero hacer una pregunta reservada á mi amigo Ruperto. (Bajo á Ruperto.) (¿Qué has hecho, hombre?

RUP. (Bajo á Aniceto.) ¿No me dijiste que te sacara del atolladero? ¿Vas á consentir que quede deshonrada esa pobre muchacha?

ANIC. ¡Es verdad! Diles que se acerquen.

RUP. Sí haré. (Hace señas á Telesforo y á Jacinta, los cuales se acercan.)

ANIC. (Bajo á Telesforo.) Es necesario que esta farsa se convierta en realidad. Es necesario que haga usted un sacrificio y se case con esa muchacha.

TELESF. Pero si yo...

ANIC. ¡No admito réplicas! La dotaré con diez mil reales.. Los duelos con pan son ménos.

TELESF. Diré á usted, no obstante...

RUP. (Tirándole del brazo.) Convenido... Él se resigna... (Hace señas á Jacinta para que se acerque.)

ANIC. (Bajo y conmovido.) Hija mia, no se ha podido remediar... Olvida tu pasion. Más lo siento yo que tú... Pero, sacrificate, tu honor lo exige, y...

JAC. Pero si yo...

RUP. (Tirándola del brazo.) ¡Convenido! esta tambien se resigna.

JAC. (Ap.) ¡No entiendo una palabra!

ANIC. Señores: he escuchado á los dos jóvenes, y efectivamente se aman. Yo los protejo y se casarán. El juez entenderá en la causa de Jacinta, y esperará su fallo en mi casa al lado de su esposo, á quien nombro secretario interino, mientras no acredita su aptitud legal para este cargo; y destituyo de su empleo á don Melchor conminándole para que rinda cuentas de los asuntos que se le han confiado.

RUP. Para lo cual se nombrará una junta calificadora, cuya presidencia se ha servido conferirme el señor alcalde.

MELCH. ¿Cuándo?

RUP. En este momento.

ANIC. En este momento

RUP. (Á Melchor.) ¿Creyó usted que yo mentia? (Al público.)

Nuestra victoria es completa:

señores, ya ustedes ven,

que hay en España tambien

CORTESANOS DE CHAQUETA.

FIN DE LA COMEDIA.

La segunda cenicienta.
 La peor cuna.
 La choza del almadrero.
 Los patriotas.
 Los lazos del vicio.
 Los molinos de viento.
 La agenda de Correlargo.
 La cruz de oro.
 La caja del regimiento.
 Las sisas de mi mujer.
 Lluven hijos.
 Las dos madres.
 La hija del Rey René.
 Los extremos.
 La frutera de Murillo.
 La cantinera.
 La venganza de Catana.
 La marquesita.
 La novela de la vida.
 La torre de Garan.
 La nave sin piloto.
 Los amigos.
 La judía en el campamento, ó
 Lglorias de Africa.
 Los criados.
 Los caballeros de la niebla.
 La escala de matrimonio.
 La torre de Babel.
 La caza del gallo.
 La desobediencia.
 La buena alhaja.
 La niña mimada.
 Los maridos (refundida.)
 Mi mamá.
 Mal de ojo.
 Mioso y mi sobrina.
 Martín Zurbano.
 María y María.
 Madrid en 1818.
 Madrid á vista de pájaro.
 Miel sobre hojuelas.
 Mártires de Polonia.
 Matallá ó la Emparedada.

Misericordias de aldea.
 Mi mujer y el primo.
 Negro y Blanco.
 Ninguno se entiende, ó un hom-
 bre tímido.
 Nobleza contra nobleza.
 No es todo oro lo que reluce.
 No lo quiero saber.
 Natividad.
 Olimpia.
 Propósito de enmienda.
 Pescar á río revuelto.
 Por ella y por él.
 Para heridas las de honor, ó el
 desagravio del Cid.
 Por la puerta del jardín.
 Poderoso caballero es D. Dinero.
 Pecados veniales.
 Premio y castigo, ó la conqui-
 sta de Ronda.
 Por una pensión.
 Para dos perdices, dos.
 Préstamos sobre la honra.
 Para mentir las mujeres.
 ¡Que convidó el Coronel!...
 Quien mucho abarca.
 ¡Que suerte la mía!
 ¿Quién es el autor?
 ¿Quién es el padre?
 Rebeca.
 Ribal y amigo.
 Rosita.
 Su imagen.
 Se salvó el honor.
 Santo y peana.
 San Isidro (*Patron de Madrid.*)
 Sueños de amor y ambición.
 Sin prueba plena.
 Sobresaltos de un marido.
 Si la mula tuera buena.
 Tales padres, tales hijos.
 Traidor, inconfeso y mártir.

Trabiar por cuenta ajena.
 Tod' uno.
 Torbellino.
 Unamor á la moda.
 Una conjuración femenina.
 Un dómíne como hay pocos
 Un pollito en calzas prietas.
 Un huesped del otro mundo.
 Una venganza íesi.
 Una coincidencia alfabética.
 Una noche en blanco.
 Uno de tantos.
 Un marido en eusrte.
 Una lección reservada.
 Un marido sustituto.
 Una equivocación.
 Un retrato á quemarropa.
 ¡Un Tiberio!
 Un lobo y una raposa.
 Una renta vitalicia.
 Una llave y un sombrero.
 Una mentira inocente.
 Una mujer misteriosa.
 Una lección de córte.
 Una falta.
 Un paje y un caballero.
 Un sí y un no.
 Una lágrima y un beso.
 Una lección de mundo.
 Una mujer de historia.
 Una herencia completa.
 Un hombre fino.
 Una poetisa y su marido.
 ¡Un regicidal!
 Un marido cogido por los cabe-
 llos.
 Un estudiante novel.
 Un hombre del siglo.
 Un viejo pollo.
 Ver y no ver.
 Zamarrilla, ó los bandidos de la
 Serranía de Ronda.

ZARZUELAS.

Angélica y Medoro.
 Armas de buena ley.
 A cual mas feo.
 Ardides y cuchilladas
 Claveyina la Gitana.
 Cupido y Marte.
 Céjro y Flora.
 D. Escenando.
 Doña Mariquita.
 Don Crisanto, ó el Alcalde pro-
 veedor.
 Don Pascual.
 El Bachiller.
 El doctrino.
 El ensayo de una ópera.
 El calesero y la maja.
 El perro del hortelano.
 En cuenta y en Marruecos.
 El leon en la ratonera.
 Enredos de carnaval.
 El delirio (drama lírico.)
 El Postillon de la Rioja (*Música.*)
 El vizconde de Letoriercs.
 El mundo á escape.
 El capitán español.
 El corneta.
 El hombre feliz.
 El caballo blanco.
 El colegial.
 El último mono.
 El primer vuelo de un pollo
 Entre Pinto y Valdemoro.
 El magnetismo... ¡animati!
 El califa de la calle Mayor.
 En las astas del toro.

El mundo nuevo
 El hijo de D. José.
 Entre mi mujer y el primo.
 El noveno mandamiento.
 El juicio final.
 El gorro negro.
 El hijo del Lavapiés.
 El amor por los cabellos.
 El mtndo.
 El Paraíso en Madrid.
 El élixir de amor.
 El sueño del pescador.
 Giralda.
 Harry el Diabolo.
 Juan Lanás. (*Música.*)
 Jacinto
 La litera del Oidor.
 La noche de ánimas.
 La familia nerviosa, ó el suegro
 omibus.
 Las bodas de Juanita. (*Música.*)
 Los dos flamantes.
 La modista.
 La colegiala.
 Los conspiradores.
 La espada de Bernardo.
 La hija de la Providencia.
 La roca negra.
 La estátua encantada.
 Los jardines del Buen retiro.
 Loco de amor y en la córte.
 La venta encantada.
 La loca de amor, ó las prisiones
 de Edimburgo.

La Jardinera. (*Música.*)
 La toma de Tetuan.
 La cruz del valle.
 La cruz de los Numeros.
 La Pastora de la Alcarria.
 Los herederos.
 La pupila.
 Los pecados capitales.
 La gitanilla.
 La artista.
 La casa roja.
 Los piratas.
 La señora del sombrero.
 La mina de oro.
 Mateo y Matea.
 Moreto. (*Música.*)
 Mati de y Malck-Adhel.
 Nadie se muere hasta que Dios
 quiere.
 Nadie toque á la Reina.
 Pedro y Catalina.
 Por sorpresa.
 Por amor al prójimo.
 Peluquero y marqués.
 Pablo y Virginia.
 Retrato y original.
 Tal para cual.
 Un primo.
 Una guerra de familia.
 Un cocinero.
 Un sobrino.
 Un rival del otro mundo
 Un marido por apesta.
 Un quinto y un sustituto.

PUNTOS DE VENTA Y COMISIONADOS PRINCIPALES.

PROVINCIAS.

<i>Albacete.</i>	S. Ruiz.	<i>Lucena.</i>	J. B. Cabeza.
<i>Alcalá de Henares.</i>	Z. Bermejo.	<i>Lugo.</i>	Viuda de Pujol
<i>Alcoy.</i>	J. Martí.	<i>Máhon.</i>	P. Vinent.
<i>Algeciras.</i>	R. Muro.	<i>Málaga.</i>	J. G. Taboada y F. de Moya.
<i>Alicante.</i>	J. Gossart.	<i>Manila (Filipinas).</i>	A. Ojona.
<i>Almagro.</i>	A. Vicente Perez.	<i>Mataró.</i>	N. Clavell.
<i>Almería.</i>	M. Alvarez.	<i>Mondoñedo.</i>	Viuda de Delgado.
<i>Andújar.</i>	D. Caracuel.	<i>Montilla.</i>	D. Santolalla.
<i>Antequera.</i>	J. A. de Palma.	<i>Murcia.</i>	T. Guerra y Herederos de Andrión.
<i>Aranjuez.</i>	D. Santisteban.	<i>Ocaña.</i>	V. Calvillo.
<i>Avila.</i>	S. Lopez.	<i>Orense.</i>	J. Ramon Perez.
<i>Avilés.</i>	M. Roman Alvarez.	<i>Orihuela.</i>	J. Martinez Alvarez.
<i>Badajoz.</i>	F. Coronado.	<i>Osuna.</i>	V. Montero.
<i>Baeza.</i>	J. R. Segura.	<i>Oviedo.</i>	J. Martinez.
<i>Barbastro.</i>	G. Corrales.	<i>Palencia.</i>	Hijos de Gutierrez.
<i>Barcelona.</i>	A. Saavedra, Viuda de Bartumeus y I Cerdá.	<i>Palma de Mallorca.</i>	P. J. Gelabert.
<i>Bejar.</i>	J. Teixidor.	<i>Pamplona.</i>	J. Rios Barrera.
<i>Bilbao.</i>	E. Delmas.	<i>Pontevedra.</i>	J. Buceta Solla y Comp.
<i>Búrgos.</i>	T. Arnaiz y A. Hervias.	<i>Priego (Córdoba.)</i>	J. de la Gámara.
<i>Cabras.</i>	R. Montoya.	<i>Puerto de Sta. Maria.</i>	J. Valderrama.
<i>Cáceres.</i>	H. E. Perez.	<i>Puerto-Rico.</i>	J. Mestre, de Mayagüez.
<i>Cádiz.</i>	V. Morillas y Compañia.	<i>Requena.</i>	C. Garcia.
<i>Calatayud.</i>	F. Molina.	<i>Reus.</i>	J. Prius.
<i>Canarias.</i>	P. Maria Poggi, de Santa Cruz de Tenerife.	<i>Rioseco.</i>	M. Prádanos.
<i>Carmona.</i>	J. M. Eguiluz.	<i>Ronda.</i>	Viuda de Gutierrez.
<i>Carolina.</i>	E. Torres.	<i>Salamanca.</i>	R. Huebra.
<i>Cartagena.</i>	J. Pedreño.	<i>San Fernando.</i>	J. Gay.
<i>Castellon.</i>	J. M. de Soto.	<i>S. Ildefonso (La Granja)</i>	J. Aldete.
<i>Castroudiales.</i>	L. Ocharán.	<i>Sanlúcar.</i>	I. de Oña.
<i>Ceuta.</i>	M. Garcia de la Torre.	<i>San Sebastian.</i>	A. Garralda.
<i>Ciudad-Real.</i>	P. Acosta.	<i>S. Lorenzo (Escorial.)</i>	S. Herrero.
<i>Córdoba.</i>	M. Muñoz, F. Lozano y M. Garcia Lovera.	<i>Santander.</i>	C. Medina y F. Hernandez.
<i>Coruña.</i>	J. Lago.	<i>Santiago.</i>	B. Escribano.
<i>Cuenca.</i>	M. Mariana.	<i>Segovia.</i>	L. M. Salcedo.
<i>Ecija.</i>	J. Guill.	<i>Sevilla.</i>	F. Alvarez y Comp.
<i>Ferrol.</i>	N. Taxonera.	<i>Soria.</i>	F. Perez Rioja.
<i>Figueras.</i>	M. Alegret.	<i>Talavera de la Reina.</i>	A. Sanchez de Castro.
<i>Gerona.</i>	F. Dorca.	<i>Tarazona de Aragon.</i>	P. Veraton.
<i>Gijon.</i>	Crespo y Cruz.	<i>Tarragona.</i>	V. Font.
<i>Gragadz.</i>	J. M. Fuensalida y Viuda ó Hijos de Zamora:	<i>Teruel.</i>	F. Baquedano.
<i>Guadalajara.</i>	R. Obana.	<i>Toledo.</i>	J. Hernandez.
<i>Habana.</i>	M. Lopez y Compañia.	<i>Toro.</i>	L. Poblacion.
<i>Haro.</i>	P. Quintana.	<i>Trujillo.</i>	A. Herranz.
<i>Huelva.</i>	J. P. Osorno:	<i>Tudela.</i>	M. Izalzu.
<i>Huesca.</i>	R. Guillen.	<i>Tuy.</i>	M. Martinez de la Cruz
<i>Irun.</i>	R. Martinez.	<i>Ubeda.</i>	T. Perez.
<i>Látiva.</i>	J. Perez Fluixá.	<i>Valencia.</i>	I. Garcia, F. Navarro y J. Mariana y Sanz.
<i>Lérida.</i>	F. Alvarez de Sevilla.	<i>Valladolid.</i>	D. Jover y H. de Rodrigz.
<i>Linares.</i>	J. Urquia.	<i>Vich.</i>	Soler, Hermanos.
<i>Logroño.</i>	Miñon Hermano.	<i>Vigo.</i>	M. Fernandez Dios.
<i>Lorca.</i>	J. Sol é hijo.	<i>Villanueva y Geltrú.</i>	L. Creus.
	J. M. Caro.	<i>Vitoria.</i>	J. Oquendo.
	P. Brieba.	<i>Zafra.</i>	A. Oguet.
	A. Gomez.	<i>Zamora.</i>	V. Fuertes.
		<i>Zaragoza.</i>	L. Ducassi, J. Comin y Comp. y V. de Heredia.

MADRID.

Librerías de la VIUDA É HIJOS DE CUESTA, y de MOYA y PLAZA, calle de Carretas; de A. DURAN, Carrera de San Gerónimo; de L. LOPEZ, calle del Cármen, y de M. ESCRIBANO, calle del Príncipe.

LIBRARY OF CONGRESS



0 022 011 990 7